PQ 6554
.P6 M16
Copy 1

NRIQUE PEREZ ESCRICH.

EL MAESTRO

DE

HACER COMEDIAS

DRAMA EN TRES ACTOS, EN VERSO.

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE MIGUEL GUIJARRO
calle de Preciados, número 5
—
1875

EL MAESTRO

DE

HACER COMEDIAS

EL MAESTRO

DE

HACER COMEDIAS

DRAMA EN TRES ACTOS, EN VERSO

SU AUTOR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

Estrenado en Madrid en el teatro de Apolo
en Octubre de 1875.

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE MIGUEL GUIJARRO
calle de Preciados, número 5
—
1875

PQ6554
.P6 M16

DISTRIBUCION DEL DRAMA.

PAPELES.	ACTORES.
JUSEPA VACA	D.ª Teodora Lamadrid.
D.ª INES	D.ª Enriqueta Liron.
LEONA	D.ª Clotilde Lombía.
NIÑO 1.º	Srta. Concepcion Mata.
NIÑO 2.º	Srta. Dolores Bueno.
ALONSO MORÁLES	D. José Mata.
MAESE SÁNCHEZ	D. Antonio Vico.
SALVADOR, viejo de ochenta años	D. Julio Parreño.
EL CONDE DE GRANADA	D. Luis Tórres.
EL MARQUÉS DE HELÍCHES	D. Manuel Vico.
EL CAPITAN IBARROLA	D. Juan Mela.
JUAN RANA	D. José Alisedo.
CUADRADO	D. Francisco Benavídes.
REDONDO	D. Mariano Ruiz.
OLMEDO	D. Pedro Moreno.

Una posadera, un comediante, una comedianta, un ciego, comediantes, comediantas, cortesanos, pajes, guardias del rey, ronda de noche, músicos, acompañamiento, etc., etc.

La accion se finge, los actos primero y tercero, en Madrid; el segundo en Aranjuez, á últimos del reinado de Felipe III.

La propiedad de este drama pertenece á su autor, y nadie, sin su permiso, podrá reimprimirle ni representarle en los teatros de España y sus posesiones de Ultramar.

El autor se reserva el derecho de traduccion, impresion y representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Los corresponsales de los señores GULLON é HIDALGO, dueños de la galería lírico-dramática *El Teatro,* son los encargados exclusivos del cobro de los derechos de representacion en provincias.

199181
1913

ACTO PRIMERO.

Interior de una posada en el siglo XVII. Gran puerta al fondo, que da paso á la calle. Puertas laterales numeradas á derecha é izquierda. Una escalera practicable conduce al corredor del piso principal, en el que se ven algunas puertas que dan frente al público. Suspendido de una viga del centro del teatro pende un gran farol. Una ventana á la derecha de la puerta del foro. Algunas mesas, taburetes y bancos de pino colocados por la escena. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

El MARQUÉS, REDONDO y CUADRADO, sentados en derredor de una mesa, comen y beben. JERÓNIMO trabajando de zapatero á la luz de un candil junto á una mesa llena de herramientas de su oficio.

JERÓNIMO. (*Dice los primeros versos con esa entonacion peculiar de los ciegos cuando recitan por las calles sus chácharas y romances.*)

«El zurdillo de la costa
»está ya muy consolado,
»de ver á María Heredia
»en la galera remando.
»A malas lanzadas mueras,
»comedianta ringorrango,
»deshonradora de zurdos,
»y zurda de los honrados.
»Porque el pelo no te corten
»cuatro doblones has dado;

»mas donde está lo raído
»poco importa lo rapado.» (1)

EL MARQUÉS. ¿Oís?

REDONDO. Es nuestro romance,
que en alas la Fama lleva.

CUADRADO. Así de los histriones
castigamos la soberbia.

EL MARQUÉS. La pluma mojais en hiel.

CUADRADO. Cuando hagan nuestra comedia,
las sátiras serán loas,
y la amarga hiel jalea.

REDONDO. ¿Es justo que dos ingenios
como nosotros se vean
postergados? ¿No rendimos
á Plauto y Terencio vénia?...

CUADRADO. ¿No nos ajustamos siempre
á sus preceptos y reglas?...

JERÓNIMO. «Todo lo tiene bueno la Baltasara;
»todo lo tiene bueno, tambien la cara.» (2)

REDONDO. (*Levantando la voz.*) No todos lo hacen así,
porque hay quien, del arte en mengua,
pone al servicio del vulgo
su inspiracion callejera.

JERÓNIMO. Oigan el nuevo romance
de un melenudo poeta,
tan chato de entendimiento
como angosto de mollera,
que zaherir quiere al gran hombre,
¡al fénix Lope de Vega!...
porque no sé en dónde dijo,
si en cháchara ó en tragedia:
«El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
»hablarle en necio para darle gusto».

EL MARQUÉS. (*Aparte á Redondo y Cuadrado.*)
Es preciso que ese hombre
á nuestro bando se venga;
jefe de los mosqueteros
que en los corrales atruenan,

(1) Romance de la época, de autor anónimo. Se han hecho algunas ligeras variantes.

(2) Cancion popular en los anales teatrales del siglo XVII.

de mucho servirnos puede.

CUADRADO. Pero es difícil empresa
conquistar á un hombre-vulgo
que al vulgo capitanea.

EL MARQUÉS. Lo verémos. Maese Sánchez (*dirigiendo la palabra al zapatero despues de llenar un vaso de vino*),
en este vaso le espera
un moscatel más añejo
que los coloquios de Rueda.

(*El zapatero se levanta, se acerca á la mesa del Marqués, coge el vaso, lo mira al trasluz, bebe con calma, y despues de limpiarse la boca con el mandil, dice:*)

JERÓNIMO. ¡Bueno es á fe!...

EL MARQUÉS. ¿Se trabaja?

JERÓNIMO. Poniendo estoy medias suelas
á unas botas de Miguel
Cervántes de Saavedra.
El gran autor del *Quijote*
poco en la corte pelecha;
con su espada y con su pluma,
pobre fué, pobre se queda.
En cambio hay otros ingenios (*dirigiendo una sonrisa y una mirada maliciosa á los poetas*)
que á los magnates se pegan
para chuparlos la sangre,
como hacen las sanguijuelas;
poetillas que á la sopa
del Parnaso nunca llegan,
y escriben con hiel romances
contra todo el que se eleva.

EL MARQUÉS. Punzante está el buen Jerónimo.

JERÓNIMO. Como vivo de la lezna
y á más frecuento el teatro,
rozándome con poetas
y cómicos, he aprendido
á hacer sangre con la lengua.

EL MARQUÉS. Mucho quereis á Cervántes.

JERÓNIMO. ¡Oh! ¡Le quiero muy de véras!...
porque es un autor que vale

mucho más de lo que él piensa.

EL MARQUÉS. ¿Y os paga bien el trabajo?

JERÓNIMO. Pague ó no, miéntras yo pueda
no ha de llevar botas rotas
ni zapatos sin orejas.
Cuando ayer fuí á devolverle
su cinturon de correa,
que á puro de remendado
su orígen pierde de cuenta,
mirándome de hito en hito
y moviendo la cabeza,
me dijo entre alegre y triste:
—Llegais en hora tan negra,
maese Sánchez, que no puedo
pagaros vuestra faena;
pero tomad este tomo
de mi pobre *Galatea;*
vendedlo por lo que os den,
y os ruego tengais paciencia,
pues detras de un tiempo malo,
otro peor nos espera.—

EL MARQUÉS. ¡Pobre Miguel!

JERÓNIMO. Sí, tan pobre...
que se reduce su herencia
á una espada enmohecida,
tan gloriosa como vieja;
un traje roto y raído,
una capa con troneras,
por donde huyen esperanzas
y desengaños se albergan;
cuatro sillas, un tintero,
unos libros y una mesa.
Y al hombre que por su patria
perdió una mano en la guerra;
al que, cautivo en Argel,
fué ejemplo de fortaleza;
al que escribió el *Don Quijote*,
Pérsiles y *Galatea:*
al que nos dió en el *Parnaso*
de su bondad una prueba,
le nombran alcabalero
por única recompensa,

vergonzosa ocupacion
para hombres como Saavedra.

EL MARQUÉS. Mucho sabe el zapatero.

JERÓNIMO. Pues, Marqués, no sé de letra;
mas tengo buena memoria,
y como el teatro enseña
y acudo todas las tardes
al corral de la Pacheca,
á fuerza de oir, aprendo;
que al fin algo se le pega
al que anda con comediantes,
cortesanos y poetas.

(*El zapatero se sienta junto á su mesa y vuelve á emprender su trabajo.*)

EL MARQUÉS. ¿Sabeis, mi querido Sánchez,
que á Madrí esta noche llega
Alonso Moráles?

JERÓNIMO. Sí,
con su mujer la Jusepa
Vaca.

EL MARQUÉS. Y toda la farándula
que nos traen de su tierra.

CUADRADO. Al fin y al cabo, serán
comediantes de la legua.

REDONDO. Garnacha, ó barco de caña,
que por los pueblos navega
con el equipaje puesto,
por ahorrarse la maleta,
y cobra por cada entrada
un dinerillo á la puerta.

JERÓNIMO. ¿Conoceis vos á Moráles?

REDONDO. No.

JERÓNIMO. Pues refrenad la lengua,
que cuando el rey Don Felipe
venir á Madrid le ordena
para que en su misma corte
le represente comedias,
algo tendrá el comediante
que hasta un rey su fama llega.

EL MARQUÉS. Sois partidario de Alonso
á juzgar por la defensa
que dél haceis...

JERÓNIMO. Ya verémos
cuando salgan á la escena:
si son buenos, mucho aplauso;
si son malos, mucha gresca.
Soy vulgo, y el vulgo juzga
por éste (*señalando el corazon*), nunca por
ésta (*señalando la cabeza*).
Si éste dice que le gusta,
entónces se mueven éstas (*juntando las manos como el que aplaude*),
y es en vano que los sabios
luégo ánden con triquiñuelas,
rebuscando defectillos
y comentando las reglas;
pues cuando la infantería
desde los patios atruena,
cuando las mujeres gritan
¡Víctor! desde la cazuela,
cuando las gradas y bancos
con los aplausos retiemblan,
hay que quitarse el sombrero
y rendir al vulgo vénia;
que si una vez se equivoca,
son muchas más las que acierta.
Ahora, con vuestro permiso,
pues Cervántes se impacienta,
voy á concluir sus botas,
que está descalzo, y me espera.
(*El zapatero se sienta junto á su mesa y coge su trabajo, cantando á media voz:*)
«Damas hace y graciosas
»María Heredia;
»sal en unos, y en otros
»flor y canela.» (1)

(1) Cancion popular del siglo XVII.

ESCENA II.

DICHOS, JUAN RANA, OLMEDO y dos comediantes por la puerta del foro con MARIBLANCA la posadera.

JUAN. (*Desde el foro, hablando con la Posadera, que le ha salido al encuentro.*)
Buenas noches, Mariblanca.
POSADERA. Señor Juan, buenas las tenga.
JUAN. ¿Llegaron los comediantes?
POSADERA. No llegaron, mas se esperan.
JUAN. Tengo ganas de abrazar
á Moráles y á Jusepa,
que antiguos amigos son
y gloria de nuestra escena.
¿Quién está allí?
POSADERA. Es el Marqués
de Heliche y los dos poetas
que en el corredor de arriba
hace unos dias se hospedan.
JUAN. ¡Ah! ¡Las musas del Marqués!...
¡Mala gente!
POSADERA. No es muy buena.
JUAN. Poetillas de aguachirle,
escritores sin conciencia,
ingenios sietemesinos,
que á sueldo ponen su vena
el anónimo empleando
para herir honras ajenas.
¿Vinieron los guitarristas
y los cantores?
POSADERA. Esperan
en el portal.
JUAN. Cuando llegue
la gente...
POSADERA. Yo estaré alerta.
JUAN. Que nada falte.
POSADERA. Está bien.
JUAN. Pon allí en aquella mesa
algo que echar á perder
y un jarro de Cariñena,

porque es sabido que un trago
fortalece la paciencia.

(*La Posadera desaparece y vuelve á salir al momento con un jarro, vasos y algunos comestibles, que coloca en la mesa que se halla al extremo opuesto de la que ocupa el Marqués. Juan se dirige á la mesa seguido de Olmedo, aparentando no haber visto al Marqués, y dice levantando la voz:*)

JUAN. Pues sí, amigos, es Alonso
el príncipe de la escena;
Claramonte le apellida
maestro de hacer comedias,
y Claramonte es un hombre
cuya opinion se respeta.

OLMEDO. Pues hay quien dice que Alonso
al hablar tartamudea.

JUAN. Un ingenio cabelludo,
mal zurcidor de comedias,
desecho de los corrales
ántes que fama adquiriera,
una sátira escribió
en tercetos que apedrean,
para decirnos que Alonso
no sirve para la escena.

OLMEDO. Dicen que masca las frases
como si fuesen de cera.

JUAN. Envidia, lepra del alma
que á los hombres envenena
cuando contemplan de abajo
al que brilla, al que se eleva.

OLMEDO. El conde Villamediana
tambien sus vicios afea.

JUAN. Pero en cambio, le enaltece
el gran Lope de la Vega.

(*Se quita el sombrero y le imitan los comediantes que le rodean.*)

OLMEDO. Ante ese nombre me callo.

CUADRADO. (*Aparte al Marqués.*) ¿Oís, Marqués, la defensa
que hacen de Moráles?

EL MARQUÉS. Sí;
cómicos son que le esperan

para trabajar con él;
gente, en fin, de su ralea,
que con un barco de caña
han recorrido la legua.
Vencerémos.

REDONDO. ¿Quién lo duda?

EL MARQUÉS. Mas no olvideis que interesa
ir reuniendo las sátiras.

CUADRADO. Eso corre de mi cuenta.
Villamediana y Quevedo
pondrán en juego su vena
pintándonos de relieve
las virtudes de Jusepa;
y como Alonso es celoso,
será la victoria nuestra.

JUAN. ¡Calla! ¡Es maese Jerónimo!
(*Dirigiéndose al zapatero.*)
Ahí teneis al Mecénas
de los cómicos, al Várgas
Machuca de las comedias.

JERÓNIMO. No tanto...

JUAN. Hoy llega Moráles.

JERÓNIMO. ¿Sí? Que sea enhorabuena.

JUAN. De oficio le llama el rey
á la corte, que en las fiestas
reales ha de poner
una comedia de Vega.

JERÓNIMO. Allá verémos si Alonso
vale lo que se vocea.

JUAN. Gran fama goza.

JERÓNIMO. La fama
miente mucho, por ser hembra.

JUAN. Pues por lo mismo, maese,
debemos rendirle vénia.
Mas ¡calle! ¡Señor Marqués!

EL MARQUÉS. ¡Juan!

(*Juan Rana, los comediantes, el Marqués, Cuadrado y Redondo bajan al proscenio, saludándose afectuosamente. Maese Jerónimo les dirige una mirada y sigue trabajando, pero sin perder ni una sola palabra del diálogo. El actor que desempe-*

ñe este papel debe procurar entretener con cierta discrecion cómica todos los mútis que tiene.)

JUAN. Perdone vuecencia.

EL MARQUÉS. ¿Se viene á esperar á Alonso?

JUAN. Me encargó le dispusiera
interina habitacion,
miéntras casa se le encuentra.

EL MARQUÉS. (*En tono de burla y saludando á Juan con afectacion cómica.*)
Aquí os presento á Juan Rana,
gloria y prez de nuestra escena,
favorito de la corte
y amigo de la nobleza,
cuyo talento y donaire
tanto en palacio se aprecia,
que hasta el rey le honró una noche
convidándole á su mesa.
Algunas damas le temen
por su viperina lengua,
pero muchas más le buscan
y en oirle se recrean;
que el ingenio es dón del cielo,
de gran valor en la tierra.

JUAN. (*Le saluda respetuosamente, y siguiendo el mismo tono de burla, dice:*)
Gracias, Marqués; mas es justo
que os pague en igual moneda;
que el que lisonjas recibe,
debe tambien devolverlas.
Aquí os presento al Marqués
de Heliches, noble Mecénas,
gran protector del teatro,
aunque más que de ellos, de ellas;
sobrino del Conde-Duque
y casado con la Cerda;
que en esta corte de España,
grave por demas y austera,
donde se halla en su zenit
la golilla y la reserva,
él vive alegre, montado
en las costumbres francesas,

sin temer al qué dirán
ni importarle la etiqueta.
Él nos trajo las tres gracias
de la toledana vega;
enriqueciendo el teatro
de nuestra corte con ellas;
pues las hermanas Andrade,
á quien llaman las tenientas,
soles son que resplandecen
por su ingenio y su belleza.
De las tres, no sé si es Ana,
Feliciana ó Micaela
la mejor, pues son mejores
las tres cuando representan,
y mucho mejor cuando hacen
en su casa las comedias,
con ese traje que Hipérides
á Frine nos representa.

EL MARQUÉS. Añadid, maese Juan (*con altivez, pero procurando dominarse*),
en vuestra picante arenga
que soy el hombre más feo
que por Madrid se pasea,
y será de mi persona
la pintura más completa.

JUAN. Si os ofendí, perdonad...

EL MARQUÉS. Sois el bobo en las comedias,
y al bobo se le concede
para las chanzas licencia.

JERÓNIMO. (*Levantando la voz y con cierto tonillo dice, á tiempo que machaca la suela precipitadamente:*)
Aquí huele á chamusquina.
¿Quién de usarcedes se quema?

(*Se oye por el fondo ruido de un carruaje, voces, mucha animacion. Cruza por el fondo un gran carromato, al que siguen algunos curiosos con guitarras, panderetas, etc., etc., etc.*)

LEONA. (*Gritando desde dentro del carromato.*)
¡Sooóó! ¡Detengan la galera
de los cómicos reales!...

JUAN. ¡Ellos! ¡Jusepa! ¡Moráles!...
(*Se dirige corriendo hácia el foro, seguido de Olmedo y los comediantes.*)

VOCES. (*Dentro.*) ¡Víctor!

JERÓNIMO. (*Aparte.*) Ya llegó la fiera
al patio de la posada.

EL MARQUÉS. Vamos, si gustais, arriba,
que algo es fuerza que se escriba
celebrando su llegada.
(*Cuadrado enciende un velon y sube, seguido del Marqués y Redondo, al corredor del piso principal, entrando los tres en la puerta del centro; Jerónimo los mira de reojo y dice con cierta entonacion, como si cantara:*)

JERÓNIMO. Tres eran, tres, las hijas de Elena;
tres eran, tres, y ninguna era buena.
(*Se oye música de sonajas, panderetas y guitarras en el foro, y una voz que canta lo siguiente:*)

VOZ. Ya ha llegado á la corte
Jusepa Vaca,
que es de los comediantes
la flor y nata.
Viene con ella
el divino maestro
de hacer comedias. (*Cesa la música.*)

ESCENA III.

JERÓNIMO trabajando junto á su mesa. Por el foro ALONSO, JUSEPA, LEONA, JUAN, OLMEDO, la POSADERA, comediantes, comediantas, etc., etc., etc. Todos rodean con muestras de alegría á ALONSO y á JUSEPA.

ALONSO. ¡Gracias, Juan! ¡Gracias, señores!

VOCES. ¡Víctor! ¡Víctor!...

JUAN. ¡Bien venidos!

LEONA. (*Con gravedad cómica, colocándose en medio de todos.*)
Aquí estamos reunidos

los comediantes mejores.
Bien puede quedar contento
con ellos su majestad,
pues reune esta trinidad
ingenio (*á Jusepa*), gracia (*señalándose ella misma*), y talento (*por Alonso*).
Y si aquí me alabo yo
entre parientes y extraños,
es porque hace muchos años
que mi abuela se murió. (*Saluda.*)

ALONSO. ¡Calla, loca!

LEONA. ¡Punto en boca!
El galan manda que calle,
y aunque por charlar estalle,
callo, pues me llama loca.

JUAN. (*Señalando á Leona.*) Y esta rapaza, ¿qué tal?

ALONSO. Es, si loas representa,
picante cual la pimienta,
salada como la sal.

LEONA. ¿Cómo quereis que no sepa
dar á una loa intencion,
cuando mis maestros son
Moráles y la Jusepa?...
De niña me recogieron (*con ternura*),
con tierno amor me criaron,
lo que sé me lo enseñaron,
cuanto tengo me lo dieron.
Y tanto es lo que les quiero,
que la gratitud me ahoga.
(*Cambiando de repente en tono cómico.*)
En fin, yo soy una soga
que va detras del caldero.

JUSEPA. ¡Ven! ¡Me sofoca tu calma!
Charla y charla, has olvidado
que en la galera han quedado
tres pedazos de mi alma.
(*Jusepa y Leona se dirigen precipitadamente hácia el foro.*)

JUAN. Pues ya en la corte te hallas,
¡fortuna y prosperidad!...

ALONSO. Mucho temo, á la verdad,
las teatrales batallas.

JUAN. ¿No ves aquel zapatero?
ALONSO. Sí.
JUAN. Es un hombre importante.
ALONSO. ¡Bah!
JUAN. El Júpiter tonante,
el terrible mosquetero.
Con su gente es el terror,
el fiero huracan que estalla,
es el vulgo, que avasalla
al cómico y al autor.
ALONSO. Juan, no prosigas la historia,
pues me enseña esa pintura
el dolor y la amargura
y la prosa de la gloria.

ESCENA IV.

DICHOS, JUSEPA, LEONA, el viejo SALVADOR y dos niños, formando un grupo, aparecen en el foro. El anciano se apoya en los brazos de LEONA y JUSEPA.

JUSEPA. (*Desde el foro.*) ¡Plaza al cómico más viejo
que hoy en los teatros queda!
¡Al discípulo de Rueda!
¡Al maestro de Vallejo!
ALONSO. ¡Mi padre!
(*Corre á su encuentro. Todos les abren paso, y llegan dulcemente abrazados hasta el proscenio.*)
Larga jornada
para vuestra edad ha sido.
SALVADOR. ¡Hijo mio, no has querido
que me quedase en Granada!...
ALONSO. ¡Separarme yo de vos!...
¡Dejaros siendo tan viejo!...
Padre, ése es un consejo
que nos veda seguir Dios.
Conmigo habeis de vivir,
siempre conmigo hais de estar,
veros quiero al despertar,
veros ántes de dormir.
Léjos de vos, la zozobra

mi corazon sobresalta,
pues me parece que os falta
todo lo que á mí me sobra.

SALVADOR. ¡Soy una carga pesada!
¡Tullido! ¡De años cargado!...

ALONSO. Dejad que os vea á mi lado,
aunque no servís de nada.

(*Alonso debe recitar el parlamento con esa ternura filial que nace del fondo de un alma agradecida y cariñosa, procurando llevar la conviccion al público de que existe el puro y dulce amor de la familia entre los hijos del arte.*)

¿Tullido no estaba yo
desde el dia en que nací
hasta aquel en que cumplí
seis años? ¿Quién me cuidó?
¿Quién sufrió con santa calma
los males del pequeñuelo?
Vos, padre, y la que en el cielo
está. ¡Madre de mi alma!...
Dejad pues, por mi salud,
que yo os pague con cariño
todo lo que os debe el niño
de amor y de gratitud.
Dejad, pues, vanos desvelos,
que no me han de convertir;
vos ya no podeis vivir
sin ver á estos pequeñuelos.
Ellos os prestan calor,
ellos son vuestra alegría,
sin ellos no hay poesía
para un anciano señor.
Pues son infancia y vejez
crepúsculos diferentes
que se envian sonrientes
su hermosa luz á la vez.
Y miéntras uno no advierte
que da un paso hácia la vida,
mirándole el otro, olvida
que da un paso hácia la muerte.
En su amistad no hay engaños;

si riñen, no rompen lanzas;
y aunque uno rie esperanzas
y otro llora desengaños,
cuando se juntan los dos
hay algo que fortalece,
que sube al cielo, y merece
una sonrisa de Dios.
¡Tronco añoso! (*por el viejo*) ¡Verde rama!
(*por el niño más pequeño*)
vivid juntos para amar.
Ahora, á comer y á rezar;
luégo, del rezo á la cama;
y dormid sin que el afan
del porvenir os espante,
que aquí queda el comediante
para ganaros el pan.

(*Movimiento general de cariño hácia Alonso; éste besa la frente de su padre y á los niños, y los acompaña hasta la puerta del cuarto, por donde desaparecen Jusepa, Leona, el viejo y los niños. Alonso despide á los músicos y acompañamiento, que se van por el foro. Maese Jerónimo guarda las herramientas, coge las botas, la capa, se enjuga los ojos y se levanta diciendo:*)

JERÓNIMO. ¡Me ha conmovido, y entiendo
que hombre de bien y buen hijo
es buen cómico, de fijo;
éste (*señalando al corazon*) me lo está diciendo!

(*Luégo, dirigiéndose á Alonso, que vuelve á la escena:*)

Señor Moráles, yo soy
jefe de los mosqueteros,
de cómicos y copleros
el terror; mas desde hoy,
que con gozo os he escuchado,
vuéstro soy con alma y vida,
que esta lágrima perdida
(*Llevándose una mano á los ojos.*)
me dice: Ponte á su lado.
Ya no temais las derrotas
que os preparan los danzantes;

y adios, que Miguel Cervántes
está esperando sus botas.

ALONSO. La amistad que me brindais
acepto con alegría.
(*Se dan las manos.*)

JERÓNIMO. Sabreis lo que vale el dia
que al escenario salgais. (*Vase por el foro.*)

ESCENA V.

ALONSO, JUAN y OLMEDO.

JUAN. ¡Buen principio!

OLMEDO. ¡Sí, pardiez!...

ALONSO. El apoyo que me ofrece
acepto, que en todas partes
ganar amigos conviene,
porque un cómico, señores,
es la víctima paciente
que el mal humor del que paga
sufre resignado siempre.
Y si de silbas ó sátiras
se le antoja defenderse,
le mandan luégo á la cárcel
y le multa el presidente.
¡Ah! ¡Qué bien que dice Rójas
cuando en su romance advierte
Que «no hay vil negro en España
»ni esclavo en Argel se vende,
»que no tenga mejor vida
»que un farsante y mejor suerte.
»Escribiendo y estudiando
»desde las cinco á las nueve,
»y de las nueve á las doce
»se están ensayando siempre:
»comen, vanse á la comedia,
»y salen de allí á las siete.
»Y cuando han de descansar
»los llaman el presidente,
»los oidores, los alcaldes,
»los fiscales, los regentes,
»y á todos van á servir

»á cualquier hora que quieren.
»Que esto es aire: yo me admiro
»cómo es posible que pueden
»estudiar toda su vida,
»y andar caminando siempre,
»pues no hay trabajo en el mundo
»que pueda igualarse á éste;
»con el agua, con el sol,
»con el aire, con la nieve,
»con el frio, con el hielo,
»y comer y pagar fletes:
»sufrir tantas necedades,
»oir tantos pareceres» (1).

JUAN. Gran verdad dices, Alonso.

ALONSO. ¡Ah, querido Juan! A veces
cuando hipócritas malvados,
de ésos que rezando ofenden
á Dios, nos llaman histriones,
y piden que se nos niegue
la sagrada sepultura
como judíos y herejes,
en mi pecho el entusiasmo
por la gloria desfallece.

JUAN. Y cuando el público se halla
de tus palabras pendiente,
y le haces sentir y llora
y te aplaude y se conmueve
y ruge y te victorea,
dí, Alonso, ¿qué es lo que sientes?

ALONSO. Siento una voz que me dice:
Comediante, el ruido ése
es el arte que se venga;
es la inspiracion, que viene,
compañera de la gloria,
á ampararte y protegerte;
es el bálsamo que cura
las heridas que te infieren;
es el eco de la fama,
que cariñoso te advierte

(1) Agustin de Roxas, *Viaje entretenido*. Se han hecho algunas ligeras variantes.

que mañana han de ensalzarte
los que hoy hundirte pretenden.
Todo está recompensado.

JUAN. Todo, sí, menos la muerte,
porque traidora nos quita
lo que devolver no puede.

ALONSO. ¡Quién sabe lo que hay despues
de esa parca que se teme!
Pero cuestiones son éstas
que discutirlas no deben
los cómicos, pues la Santa
en mala opinion los tiene.
Y ahora dadme vuestra vénia,
permitidme que me ausente,
pues el conde de Granada
saber que he llegado debe,
y á tan noble protector
es justo que me presente
con el polvo del camino,
á decirle que me tiene
esclavo á su voluntad,
cautivo de sus mercedes.

JUAN. Nosotros te acompañamos.

ALONSO. Acepto.
(*Dirigiéndose á la puerta de la habitacion de Jusepa.*)
Jusepa, breves
instantes voy á salir.

ESCENA VI.

DICHOS y JUSEPA.

JUSEPA. ¡Tan tarde!

ALONSO. ¡Bah! No te inquietes;
voy á ver al Conde.

JUSEPA. Díle
que por él ruego á Dios siempre,
con mis hijos, con tu padre,
que con el alma le quieren.
Y si vieras á su esposa,

mi noble hermana de leche,
díle que mañana iré
á verla.

ALONSO. Adios; no me esperes.
(*Dándola un abrazo.*)

JUSEPA. No me acuesto que no vengas;
mas aguarda que te arregle
un poco. (*Le limpia la golilla y los puños.*)

ALONSO. (*En voz baja y haciéndole una caricia.*)
¡Presumidilla!
Cierra bien cuando me aleje,
que eres por demas hermosa
y en la corte hay mala gente.

JUSEPA. ¡Bah! ¡Soy madre de tus hijos!...

ALONSO. Quien bien ama, celos tiene.

JUSEPA. Injustos.

ALONSO. ¡Pero atormentan!

JUSEPA. Sin motivo.

ALONSO. ¡Y enloquecen!
(*Acercándola hácia sí, dice en voz baja:*)
El fénix Lope de Vega
ha dicho, Jusepa, que eres
la cómica más gallarda
y hermosa que España tiene.
En el jardin del teatro
las flores son las mujeres,
cuyo perfume los hombres
por vanidad apetecen.
Guarda el tuyo para mí
y quiéreme siempre, ¡siempre!...
que amándome me das vida,
y no amándome, la muerte.

JUSEPA. ¡Anda, tonto!

ALONSO. (*Queriendo abrazarla.*) ¡Que me quieras!

JUSEPA. ¡Que no estamos solos!... Vete.

(*Jusepa le acompaña hasta el foro, á cuyo tiempo entra Doña Ines vestida de hombre, con el embozo subido. Alonso se detiene á mirarla con marcado recelo. El Marqués, Redondo y Cuadrado se asoman al corredor del piso principal.*)

EL MARQUÉS. El campo nos dejan libre.

D.ª INES. ¡Fatalidad! ¡Cuánta gente!...
Si me conocen...

JUAN. (*Desde el foro.*) ¡Alonso!
¿Vamos?...

ALONSO. (*Distraido y mirando á Doña Ines.*)
¿Quién será este
embozado?

EL MARQUÉS. (*Desde arriba.*) Aún no se fueron
arriba.

(*Se ocultan los tres en el cuarto, dejando la puerta entreabierta para ver lo que pasa en la escena.*)

JUSEPA. ¡Cuánto me quiere!

ESCENA VII.

JUSEPA junto á la ventana, DOÑA INES en medio del teatro. Durante esta escena el MARQUES se asomará de vez en cuando á la puerta de su habitacion.

D.ª INES. Tiemblo y me aterra el pensar
que me pueden conocer.
Si el Conde llega á saber...
¡Oh! Es preciso terminar.

JUSEPA. (*Desde la ventana.*) ¡Siempre celos! ¡Ay de mí!
¡Cuando por él mi alma vive!...

D.ª INES. En la carta que me escribe
me exige que venga aquí.
¡Ea! ¡Acabemos!... ¡Valor! (*Dando un paso.*)
Tengo miedo... tengo frio... (*Deteniéndose.*)
Pero es preciso, Dios mio,
que está en sus manos mi honor.

(*Se dirige hácia la puerta número* 3, *á cuyo tiempo Jusepa se dirige tambien á su habitacion. Se encuentra con Doña Ines, la que da un grito y se queda desembozada. Jusepa retrocede, la mira, duda y dice:*)

JUSEPA. ¡Vos aquí! ¡Vos disfrazada!
¿Qué es esto?

D.ª INES. El cielo te envia.

JUSEPA. ¡Tiembla vuestra mano fria!

¡De mí apartais la mirada!
Decidme... ¿por qué callais?
¿Quién turba vuestro reposo?
¿No os ama ya vuestro esposo?
¿Ó es que vos ya no le amais?
¡Alzad la frente abatida,
responded aunque no os cuadre,
que en los pechos de mi madre
ambas bebimos la vida!
Vos condesa, yo villana,
no os ofendais aunque os riña;
recordad que siendo niña
me llamábais vuestra hermana;
pensad la dicha infantil
de nuestras cunas; y aunque era
mi cuna tosca madera,
la vuestra rico marfil,
hasta mi cuna os veníais,
y cuando en mi cuna estábais
con ternura me abrazábais,
en mis brazos os dormíais,
y os hallaban sonriente
cuando nacia el sol bello,
con vuestro brazo en mi cuello
y vuestra boca en mi frente.
Si aquel amor recordais,
hablad, no me oculteis nada.
¿Por qué os hallo disfrazada,
condesa? ¿Por qué temblais?
¿Por qué acobarda el rubor
vuestro rostro conturbado?
¿Quién está aquí amenazado,
vuestra vida ó vuestro honor?

D.ª Ines. (*Con resolucion.*) Los dos.

Jusepa. (*Aterrada.*) ¡Ah!

D.ª Ines. (*Dirigiendo una mirada en derredor.*)
Jura guardar
cuanto aquí vas á saber.

Jusepa. ¡Lo juro!

D.ª Ines. Puedes leer. (*Dándola una carta.*)

Jusepa. ¡Condesa!... ¡Me haceis temblar!
(*Jusepa se acerca á la mesa, donde habrá*

un velon encendido, y comienza á leer la carta con voz conmovida.)

«Si la ausencia no ha borrado
de vuestra frágil memoria
un juramento sagrado,
oid, condesa, la historia
de una dama y un soldado.
No muy léjos de esta villa,
del rio en la fresca orilla,
flor perdida en la pradera,
se halla una ermita sencilla
donde á Jesus se venera.
Allí los amantes van
cuando amor su pecho inflama,
y allí fueron con afan
un soldado y una dama
la velada de San Juan.
Detienen ambos la planta
al ver bañado de luz
un altar que se levanta,
y en el altar, puesta en cruz,
de Cristo la imágen santa.
Cubre sus sienes divinas
una corona de espinas,
y por el hierro deshecho
entre gotas purpurinas
muestra una herida su pecho.
Al pié de este santo altar
la dama se puso á orar,
y despues con firme acento
hizo á Cristo un juramento
que le vengo á recordar:
—Por esa sangre, Señor,
que veo en tu frente impresa,
juro guardarle mi amor,
y si falto á mi promesa,
quítame vida y honor.—
Esto ante Cristo juró,
y con amante arrebato
del casto seno arrancó
un medallon y un retrato,
que al soldado le entregó.

—Parte á la guerra de Hungría,
le dijo, do el rey te envía
á defender nuestra fe;
contigo va el alma mia,
pues nunca te olvidaré.—
Luégo del templo salieron,
en el bosque se internaron,
un beso de amor se dieron
y nuevamente juraron
lo que despues no cumplieron.
Hoy, que el soldado regresa
y halla á la dama casada,
¿qué ha de hacer, noble condesa,
con la que así una promesa
olvida ante Dios jurada?
Decidle á la fementida
que, de amor mi pecho herido,
su juramento no olvida,
y que el soldado ha venido
por su amor ó por su vida;
que no pretenda esquivar
su presencia: al dar las nueve
en mi posada ha de estar,
y si á faltarme se atreve,
la iré á su casa á buscar.»

(*Un reloj da las nueve de la noche. Jusepa y Doña Ines se miran aterradas. El Capitan Ibarrola aparece embozado en la puerta del foro, cruza la escena pausadamente, abre la puerta número* 3 *y entra dejándola entornada.*)

JUSEPA. ¡Jesus!

D.ª INES. (*Señalando con terror al Capitan.*)
¡Es él! ¡Ay de mí!
(*Hace un movimiento como para seguir al Capitan, y Jusepa la detiene.*)

JUSEPA. ¿Qué vais á hacer?

D.ª INES. ¡No lo sé!...

JUSEPA. ¿Le amais?

D.ª INES. Amor le juré.

JUSEPA. ¿Le amais? ¡Respondedme!...

D.ª INES. (*Despues de un momento de vacilacion.*) Sí.

JUSEPA. ¿Será verdad lo que he oido?...
¡Amarle siendo casada!
La mujer que vive honrada,
ama sólo á su marido.

D.ª INES. Escucha...

JUSEPA. ¡La boca cierra,
y ántes que tu honor sucumba,
abre en el pecho una tumba
y en ella tu amor entierra!
¡Ay si olvidas un momento,
con vergonzosa torpeza,
que del honor la pureza
la mancha hasta un pensamiento!

D.ª INES. ¿Olvidas que en su poder
prendas guarda de mi amor?

JUSEPA. No hay prenda como el honor
si es honrada la mujer.

D.ª INES. Déjame, y pronto verás
que lo que anhelo consigo.

JUSEPA. Llevas en tí un enemigo,
y si entras sucumbirás.

D.ª INES. ¡Ah!...

JUSEPA. (*Cambiando de tono.*) Perdonad, hice mal
si aquí, con loco arrebato,
hace un momento que os trato
como si fuérais mi igual.

D.ª INES. Hermana mia, ¡ay de mí!
Todo me aterra, y me espanta.

JUSEPA. ¿Creeis que esta comedianta
os ama, señora? (*Con excesiva ternura.*)

D.ª INES. ¡Oh! Sí.

JUSEPA. Pues confiad en mi amor,
que, honrada y agradecida,
áun á costa de mi vida
he de salvar vuestro honor.

D.ª INES. ¿Qué intentas?

JUSEPA. Nada temais.

D.ª INES. Responde. ¿Qué vas á hacer?

JUSEPA. Vos á ese hombre no hais de ver,
pues viéndole os mancillais.

D.ª INES. Mas preciso es que te advierta
que él á venir me ha obligado.

JUSEPA. Vuestro honor está enclavado
en el umbral de esa puerta.
Pasad... pasad... Yo os respondo
que al primer paso que deis
vida y honor hundireis
en un abismo sin fondo.

D.ª INES. ¡Qué vergüenza!

JUSEPA. Os salvaré,
á despecho de vos misma,
de esa lucha en que se abisma
vacilante vuestra fe.
Guardo esta carta; el puñal
(*Guarda la carta y quita á la condesa la daga del cinto y se la pone ella*)
en el cinto me acomodo.
Como voy resuelta á todo,
un arma no viene mal.
Alzad la frente abatida;
soy la dama que arrogante
le va á decir á su amante:
—Quiero mi honor ó tu vida.—
No disputeis un papel
que con orgullo apetezco;
dejadme hacer, que os ofrezco
alcanzar gloria con él.
¿Quién en la escena expresó
de la vida las pasiones,
quién hizo las transiciones
con tanta verdad cual yo?
La fiereza del chacal,
de la gacela el temor,
la ardiente pasion de amor,
la ternura maternal,
todo lo supe expresar,
y hoy, al ver vuestros enojos,
no han de faltarle á mis ojos
lágrimas que derramar,
lágrimas que á enternecer
van el pecho de un valiente;
mas si se muestra inclemente,
yo sé lo que debo hacer.
Yo ablandaré el corazon

de ese amante despechado;
por algo Dios le ha hospedado
en este mismo meson.
Calmad la angustia cruel;
voy á salvar vuestra fama,
y pues soy la primer dama,
dejadme el primer papel.

D.ª INES. ¡Ah!

(*La condesa le besa las manos agradecida. Jusepa se dirige hácia la puerta de su cuarto y dice, levantando la voz:*)

JUSEPA. ¡Leona!

(*Leona aparece en la puerta del cuarto, y Jusepa, señalando á la condesa, le dice:*)

¿Sabes quién es?

LEONA. ¡La condesa!

D.ª INES. ¡Oh, Dios!

LEONA. ¿Qué pasa?

JUSEPA. Nadie ha de saber que en casa
tenemos á Doña Ines.

LEONA. ¿Nadie?

JUSEPA. Nadie, ni mi esposo,
y no olvides un instante
que una imprudencia es bastante
para perder su reposo.
Dame un manto.

(*Leona entra en la habitacion y vuelve á salir á los pocos momentos con un manto, que ayuda á poner á Jusepa.*)

Ahora esperad.
En la victoria confio;
y por vuestro honor y el mio
á Dios fervorosa orad.

LEONA. ¿Vais á salir del meson?

JUSEPA. No.

LEONA. Vuestro acento me aterra.

JUSEPA. ¡Necia! Calla, mira y cierra
la puerta. ¡Valor, corazon!

(*Las obliga á entrar en el cuarto número 2, y despues de un momento de lucha consigo misma, entra con resolucion en el cuarto número 3. Momento de pausa.*)

ESCENA VIII.

El MARQUÉS, CUADRADO y REDONDO en el corredor.

EL MARQUÉS. (*Desde arriba, mirando al escenario.*)
Se fueron. ¡Gracias al diablo!
Bajemos.
(*Bajan con precaucion y como si temieran ser vistos. Cuadrado y Redondo llevan unos pliegos de papel en las manos.*)

CUADRADO. Nadie se ve.

EL MARQUÉS. Parece que á la Jusepa
ya le ha caido que hacer.
¿Vísteis cómo le abrazaba?

REDONDO. Y le besaba tambien.

CUADRADO. Un amante es un recurso.

EL MARQUÉS. ¡Oh! Sí, para la mujer;
pero lo que es al marido
no debe sentarle bien.

CUADRADO. Por eso no me he casado.

EL MARQUÉS. Descuidad, ya os casareis.
Pero manos á la obra,
que Alonso puede volver,
y es preciso que se encuentre
en cada puerta un cartel.

CUADRADO. Las tres gracias toledanas
vencerán, señor Marqués.

EL MARQUÉS. Si logramos derrotarle
ante la corte y el rey,
una de vuestras comedias
en la Cruz se ha de poner.

REDONDO. ¡Dios os oiga!

CUADRADO. ¡Dios os premie,
señor, el noble interes
que os tomais por dos ingenios
que postergados se ven!

EL MARQUÉS. Vos, Redondo, en la ventana
de centinela os poneis,
avisándonos si viene,
no nos vaya á sorprender...
(*Redondo se coloca junto á la ventana, mirando hácia la calle.*)

CUADRADO. ¡Buen efecto va á causarle!
EL MARQUÉS. Para un celoso como él
la broma es algo pesada;
pero en fin, ¡cómo ha de ser!
CUADRADO. En cuanto lea estos versos,
se ata al pescuezo un cordel.

(*El Marqués y Cuadrado pegan cuatro papeles sobre las puertas más próximas al proscenio, dos á la derecha y dos á la izquierda.*)

EL MARQUÉS. La letra es gruesa, y Moráles
podrá leerlo muy bien.
(*A Cuadrado.*) ¡Y dicen que escribís mal!
CUADRADO. Envidia, señor Marqués.
EL MARQUÉS. El mundo es calumniador.
Concluid pronto.
CUADRADO. Acabé.
REDONDO. ¡Gente llega!
EL MARQUÉS. Pues arriba,
y comience el entremes.

(*Suben precipitadamente al corredor y entran en su habitacion.*)

ESCENA IX.

ALONSO y JERONIMO por el foro.

ALONSO. Pues sí, maese Jerónimo,
el Conde está en Aranjuez,
adonde partió ayer tarde
acompañando á su rey;
pero dice el mayordomo
que esta noche ha de volver
á Madrid, y que le extraña
que ya en la villa no esté.
Quise ver á la condesa,
y no la he podido ver,
que está enferma.
JERÓNIMO. Pues mañana
será otro dia.
ALONSO. Así es
que á mi posada regreso,

pues no me puedo tener;
que en la maldita galera
como sardina en tonel
he pasado nueve dias.

JERÓNIMO. Pues descansad.

ALONSO. Sí lo haré.
(*Cogiendo un velon y dando la mano á Jerónimo.*)
¿Cuento con vos?

JERÓNIMO. (*Cogiendo un candil.*) Para todo.

ALONSO. ¡Gracias!

JERÓNIMO. ¡Bah! No me las deis.

ALONSO. ¿Vivís en esta posada?

JERÓNIMO. Un cuartuchito alquilé;
de dia trabajo allí (*señalando su rincon*),
de noche me encierro en él,
y así se pasa la vida,
aunque no se pasa bien.

ALONSO. Buenas noches... maese Sánchez.

JERÓNIMO. Buenas las tenga.

ALONSO. (*Viendo el papel que se halla pegado sobre su puerta.*)
¡Ah!...

JERÓNIMO. (*Viendo el papel.*) ¡Eh!...

ALONSO. ¡Qué es esto, Dios soberano!...

JERÓNIMO. ¡Si yo supiera leer!...
Porque ahí algo hay escrito,
sí; pero ese algo ¿qué es?
Mi padre no me enseñó
de letra. ¡Qué bruto fué!
Digo, yo no lo soy ménos,
pues no he querido aprender.

ALONSO. ¡Infames!...

JERÓNIMO. ¡Calla!... A Moráles
tambien le han puesto cartel.

ALONSO. ¡No es posible!... ¡No es posible!...
¡Si es verdad... la mataré!

JERÓNIMO. ¡Señor Moráles!...

ALONSO. ¡Dejadme!
(*Recorre con la luz en la mano todas las puertas, leyendo con agitacion. Jerónimo le sigue con la mirada.*)

JERÓNIMO. Segun por lo que se ve,
algo le escuece al maestro.

ALONSO. ¡No... no... no... no puede ser!

JERÓNIMO. ¡Calla! Ya tartamudea,
como decia el Marqués...
(*Dándose un golpe en la frente.*)
¡Ah! El Marqués... los ingenios...
¡Vaya! Empiezo á comprender.
Dios quiera que una comedia
escriban entre los tres,
y juro que los silbidos
se oirán en Carabanchel.
¡Señor Moráles!...

ALONSO. Ya he dicho,
maese, que me dejeis.

JERÓNIMO. Algo os sucede.

ALONSO. A mí nada...
(*Dando un grito y dirigiendo una mirada feroz á Jerónimo.*)
¡Quiero estar solo!!!

JERÓNIMO. (*Retrocediendo.*) Está bien.
(*Se dirige hácia la escalera y comienza á subir. Alonso enclavado en medio del teatro, con los papeles en la mano leyéndolos y gesticulando.*)
No me acuesto hasta que sepa
lo que aquí va á suceder.
(*Abre una de las puertas del corredor y entra, dejándola entornada. Alonso continúa inmóvil junto á la mesa, leyendo los papeles que ha arrancado de las puertas.*)

ESCENA X.

ALONSO solo. (*Pausa.*)

ALONSO. Apénas llego á esta villa,
ya la sátira me humilla;
que tiene el arte en su abono
que hay tanta y tanta polilla

que le roe con encono.

(*Se acerca á la luz, exhala un suspiro y lee con trémulo ácento:*)

«Moráles, tu hacienda cuida,
pues tu esposa recatada
tiene por cosa admitida
dar salida por entrada,
dar entrada por salida.»

(*Estruja el papel entre las manos, y dice representando:*)

¡Infames! ¡Me ahoga la ira!...
¡Celos que estais aquí fijos!...
¡Sí, sí, el infierno os inspira!
¡No! ¡La madre de mis hijos
no es adúltera, es mentira!...

(*Lee otro papel.*)

«En esta villa galante
la Inquisicion no ha podido
conseguir un solo instante
que cuando sale el marido
deje de entrar el amante.
¡Ay, Moráles! ¡Cuántos males
tu mujer te va á causar
en estos sitios reales!
Pues cuando de casa sales
otro en casa suele entrar.»
(*Declamando.*) ¡Será verdad, Dios eterno!
¡Ella un amante! ¡Oh baldon!
¡Siento aquí profundo, interno,
todo el fuego del infierno
quemándome el corazon!
¡Jusepa! (*Llamando en voz alta.*)
Al cruzar la puerta,
en su rostro he de leer
mi vergüenza, y cuando advierta...

(*Aparece Jusepa en la puerta del cuarto número 3. Al verla, su marido lanza un grito de sorpresa, corre hácia ella, la coge bruscamente de un brazo y la conduce hácia la mesa, arrancándola el manto.*)

ESCENA XI.

ALONSO y JUSEPA.

ALONSO. ¿Tú con un manto cubierta?
(*Cambiando de entonacion y como si quisiera dar á su acento un tinte de ironía.*)
¿De dónde vienes, mujer?...

JUSEPA. (*Aparte.*) Tan pronto no le esperaba.
¡Fatalidad! (*Alto.*) ¿Viste al Conde?

ALONSO. No preguntes, y responde:
¿Dónde ibas?

JUSEPA. (*Con gran serenidad.*) Me impacientaba
tu tardanza.

ALONSO. Eso no es cierto.

JUSEPA. (*Aparte.*) Preciso es disimular.
(*Alto.*) ¿Qué es esto? ¿Va á comenzar
de los celos el concierto?

ALONSO. Celos que fundados son,
pues yo pregunto, y tú callas.
¡Celos, terribles batallas
que rompen el corazon!...
¡Mira!
(*Enseñándole los papeles que ha arrancado de las puertas. Jusepa lee uno y rechaza los demas con sentida indignacion.*)

JUSEPA. ¡Oh! ¡Cuánta perfidia!...

ALONSO. Defiende tu honra y tu honor.

JUSEPA. ¡Cuándo vendrá un redentor
á terminar con la envidia!...

ALONSO. Cuando la mujer casada
no tenga su honor en poco.

JUSEPA. Los celos te vuelven loco;
mi honra está aquí inmaculada.

ALONSO. Habla, que es vano callar,
discúlpate si has faltado.

JUSEPA. La mujer que no ha pecado
no se debe disculpar.

ALONSO. ¿No ves que de tu honra dudo?
¡Habla, ó pierdo la razon!...

JUSEPA. Soy madre, y mis hijos son

de mi limpio honor escudo.

ALONSO. Madres hay que hasta se vengan
de sus hijos, de sus padres.

JUSEPA. Esas madres no son madres,
por muchos hijos que tengan.
Ser madre no es dar á luz
sintiendo un dolor mortal:
consiste en la hermosa cruz
del calvario maternal,
en sufrir duelos prolijos,
en dar la sangre del pecho,
en no deshonrar el lecho
donde acaricia á sus hijos.

ALONSO. ¡Discúlpate!

JUSEPA. ¿Para qué?

ALONSO. ¿No ves que de celos muero?

JUSEPA. Pues de ellos curarte quiero,
y por eso no hablaré.

ALONSO. (*Ciego de cólera, coge una silla y la levanta, amenazando á su esposa.*)
¡Jusepa!... ¡La ira... el furor
tu terco silencio aumenta!

JUSEPA. La silla el honor afrenta,
el hierro hiriendo da honor:
hierro tienes, hiere el pecho.

(*Alonso desnuda el puñal. Jusepa retrocede, lanzando un grito. En este momento aparece Leona, que se arroja sobre Alonso. Este mira hácia la puerta y ve á un hombre en su cuarto. Jusepa cierra la puerta precipitadamente y se coloca delante como defendiendo la entrada.*)

LEONA. Maestro, ¿qué es lo que pasa?

ALONSO. ¡Que he visto... un hombre en mi casa!...
¡Infames!...

JUSEPA. (*A Leona.*) ¡Qué es lo que has hecho!...

UNA VOZ. (*Desde fuera.*) ¡Plaza al Conde de Granada!

JUSEPA. (*Aparte.*) ¡El Conde! ¡Fatalidad!
(*A Alonso.*) Por tu honra y tu dignidad,
que el Conde no sepa nada.

(*Alonso se queda inmóvil. Jusepa habla en voz baja con Leona, que entra en el*

cuarto. Aparece por el foro el Conde de Granada, seguido de pajes con hachones encendidos, y la ronda de noche. Uno de los pajes lleva en una bandeja, cubierta con un tapete, una comedia manuscrita.)

ESCENA XII.

DICHOS, el CONDE y acompañamiento.

EL CONDE. (*Entrando.*) ¿Dónde está Alonso?
ALONSO. Aquí estoy,
señor. (*Inclinándose y besándole una mano.*)
EL CONDE. A mis brazos ven,
tú, que eres gloria y sosten
del teatro. (*Se abrazan.*)
ALONSO. Gracias, señor,
por honra tan distinguida
al mirar mi pequeñez.
EL CONDE. El rey se halla en Aranjuez
con su corte, de jornada;
pronto tendrás el honor
de verle, pues mensajero
del gran Felipe Tercero,
mi augusto dueño y señor,
en busca tuya me envia,
y por mi mano te entrega
una comedia de Vega,
que ha de hacer tu compañía
en el teatro Real.
Mañana tendrás corriente
el bagaje, y con tu gente
dejarás la capital.
Los enredos de Celauro
la obra de Vega se llama,
y espero que nueva fama
alcances y nuevo lauro
representando el papel
de Lupercio, que advertí
que está escrito para tí
y has de lucirte con él.
(*El Conde toma de la bandeja la comedia*

y la entrega á Alonso, que durante la anterior relacion habrá permanecido preocupado y sin fijarse en lo que le dice. Al observar su distraccion, el Conde le coge cariñosamente de la mano y le pregunta en voz baja:)

¿Qué pasa aquí? ¿Por qué inerte
está tu lengua en la boca?
¿Te parece honra tan poca
la que haya venido á hacerte?...
¿Qué tienes? (*Reconviniéndole con dulzura.*)

ALONSO. ¡Celos y amor!

EL CONDE. ¡Pobre Alonso! ¡Siempre el mismo!

ALONSO. No creais que ahora me abismo
en confusiones, señor.
(*Bajando la voz y confidencialmente al Conde.*)
Oculta á un hombre esa ingrata
en su cuarto.

EL CONDE. En mí confia;
yo sabré...
(*Se dirige hácia la puerta. Jusepa, al verle avanzar, se aterra.*)

JUSEPA. (*Aparte.*) ¡Vírgen María!
¡Que si la encuentra la mata!
(*Jusepa, como tomando una resolucion, rápida y colocándose resuelta delante de la puerta.*)
¡No pasais!

EL CONDE. (*Retrocediendo asombrado.*) ¡Cómo!

ALONSO. (*Riéndose convulsivamente y señalándole con el dedo á Jusepa.*)
¿Lo veis?

EL CONDE. Tu honor en que pase estriba.
(*Jusepa saca el puñal y toma una actitud amenazadora.*)

JUSEPA. ¡Atras! ¡Que mientras yo viva
por aquí no pasareis!...

ALONSO. ¡Yo entraré!
(*Avanza resueltamente. En este momento aparece en la puerta el viejo Salvador, apoyado en el hombro de Leona. Alonso re-*

trocede. Jusepa se abraza al anciano formando un grupo. Salvador rodea uno de los brazos por el cuello de Jusepa y la besa en la frente.)

ESCENA XIII.

DICHOS, SALVADOR y LEONA.

SALVADOR. Tú no entras,
ni el noble Conde tampoco.
ALONSO. ¡Ah! (*Retrocediendo.*)
SALVADOR. Porque la ofendes... ¡loco!
¡Si es honrada por demas!
ALONSO. ¡Me vende!
SALVADOR. Hijo, te engañas;
yo te respondo por ella,
que es honrada como aquélla
que te llevó en sus entrañas.
ALONSO. He de entrar aunque no os cuadre,
pues dueño soy de mis bienes.
SALVADOR. ¡Pues qué!... Porque me mantienes
¿dejo yo de ser tu padre?
¡Ay si á ofenderme te atreves!
¡Ay si olvidas un instante
que tu sangre no es bastante
á pagar lo que me debes!
ALONSO. ¡Quiero entrar! (*En un arranque de demencia.*)
SALVADOR. (*Con suprema dignidad.*) ¡Atras, villano!
¡La honra vive en esta casa,
y su puerta nadie pasa
sin pasar sobre este anciano!

(*Alonso exhala un grito y cae anonadado á los piés de su padre. Jusepa apoya su cabeza sobre el pecho del anciano. Todos muestran respeto á la majestad de las canas.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Jardines de Aranjuez, en la estacion más hermosa del año. En el último término, sirviéndose de todo el fondo del teatro, se ve la fachada del palacio, medio oculta por las frondosas copas de los árboles. En el segundo término cuatro estatuas caprichosas de tamaño natural, sobre pedestales, formando un medio punto. En el primer término, colocada en medio del escenario, la estatua del emperador Cárlos V, de tamaño más grande. Algunos bancos de piedra diseminados por la escena. Se ruega á los señores directores de escena que cuiden con especial esmero de la colocacion de todos los detalles para el buen resultado del juego escénico.

ESCENA PRIMERA.

El MARQUÉS, REDONDO, CUADRADO y acompañamiento de caballeros, que forman un corro como si estuvieran escuchando al MARQUÉS, que se halla en medio. El CAPITAN IBARROLA, con el traje de campaña, se halla apartado del grupo general, pero bastante cerca para oir la conversacion. Está apoyado en el pedestal de una de las estatuas y figura mirar hácia el fondo de vez en cuando, como si esperara á alguno.

EL MARQUÉS. En la historia referida
ni hubo ménos ni hubo más:
él se quedó con los celos,
ella ocultó á su don Juan
de tal modo, que aseguran
lenguas en la vecindad
que huyó por la chimena,
salvando así la moral,
porque la Jusepa tiene
en mucho su honestidad.

TODOS. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

CUADRADO. ¡Pobre Moráles!

¡Cuánto tiene que pasar
en esta corte galante,
en donde hay tanto galan
que sin conocer á Ovidio
enseña el arte de amar!
Pero como en los casados
la paciencia es proverbial,
dentro de un año, de fijo
se habrá acostumbrado ya.

EL MARQUÉS. ¡Viborilla!...

CUADRADO. No calumnio,
vos cual yo viste al galan;
si no le encontró el marido,
cúlpese á su ceguedad,
ó al terco empeño del viejo,
que no le dejó pasar.

(*El Capitan se va acercando poco á poco hasta colocarse delante de Cuadrado, y le dice con ruda severidad:*)

CAPITAN. Segun por lo que he escuchado,
de Jusepa Vaca hablais.

CUADRADO. Sí, de la hermosa farsanta.

REDONDO. De la histriona sin igual,
que con sus gracias muy pronto
fama en Madrid logrará.

CAPITAN. No la logrará, la tiene;
prueba que su majestad
la hace venir á la corte.
Ahora, en cuanto á lo demas,
á lo de honrada, aseguro
que honra tiene para dar
á aquéllos que la calumnian
por envidia y por maldad.
Y al que esto pusiere en duda,
ésta se lo probará (*señalando la espada*).

EL MARQUÉS. La razon es como vuestra.

CAPITAN. Sí, razon de militar,
que tiene en mucho su honor
y el honor de los demas.

CUADRADO. Pues Villamediana dice,
y Quevedo...

CAPITAN. (*Con altivez.*) Esos dirán

cuanto les diere la gana,
que viven de murmurar
y la calumnia es el pienso
de su talento mordaz.
Sólo por decir un chiste
que alcance celebridad
y corra de boca en boca,
no temen sacrificar
lo más noble, lo más santo,
el honor y la amistad.
El hombre que es bien nacido
y quiere afrentas vengar,
hace sangre con la espada,
con la lengua ruin jamas;
que honras ajenas no ofende
quien sabe su honra estimar.
No olvideis estos consejos,
y á Jusepa no ofendais,
que es madre y esposa honrada
tanto como la que más.

(*El Capitan saluda con dignidad, se aparta del grupo general y se apoya en el pedestal de una estatua. Tres ó cuatro cortesanos se reunen con él.*)

CUADRADO. (*Confidencialmente al Marqués*)
¿Quién es ese hombre?

EL MARQUÉS. (*Aparte.*) Callaos
y no le contradigais,
que ése tira de la espada
con mucha facilidad.

CUADRADO. Pero ¿quién es?

EL MARQUÉS. El baron
de Ibarrola; un capitan
que de la guerra de Hungría
trae un encargo especial
para el rey.

(*Aparece por el foro maese Jerónimo mirando con marcada curiosidad los ricos y vistosos objetos del jardin. Viste un traje distinto del primer acto y más lujoso.*)

ESCENA II.

DICHOS y JERÓNIMO en el fondo.

REDONDO. Ved quién asoma.
EL MARQUÉS. El remendon montaraz.
CORTESANO. ¡Remendon! ¡Hombre! ¿Y le dejan
en los jardines entrar?
EL MARQUÉS. Sí, vendrá con los farsantes.
CUADRADO. Es justo, tal para cual.
JERÓNIMO. (*Bajando al proscenio con mucha calma.*)
¡Qué frondosas enramadas!
¡Qué bien y á gusto se está
cuando se come y se bebe
y se puede pasear
aspirando los perfumes
en este jardin real!
Todo rico que se muere,
hace una barbaridad.
(*Los cortesanos hablan en voz baja y se rien, señalando de vez en cuando á Jerónimo, el cual lo observa, y rascándose la cabeza, dice:*)
¡Calla! Se rien de mí...
Pues yo no me quedo atras.
(*Jerónimo, mirando á las estatuas y haciéndose el distraido, se pasea por la escena y comienza á cantar en voz baja:*)
Bajo de la golilla
los cortesanos
llevan todos más cruces
que en un calvario.
Y hay cortesana
que un palmo de revoque
lleva en la cara.
EL MARQUÉS. Picante es la seguidilla.
CORTESANO. ¿Por qué le han dejado entrar?
EL MARQUÉS. Lo ignoro; mas preguntando,
él mismo nos lo dirá.
JERÓNIMO. De buen grado soltaria
un silbido colosal,

de ésos con que en los teatros
yo suelo recompensar
al poeta sin chirúmen
y al comediante incapaz.

EL MARQUÉS. Buenos dias, maese Sánchez.

JERÓNIMO. ¡Oh, Marqués! ¡Calla! Aquí están
mis vecinos los ingenios,
los que escriben á la par,
musas gemelas, que un dia
gloria á su patria darán.

EL MARQUÉS. ¿Venís aquí de jornada?

JERÓNIMO. De jornada no, á jornal.
En Aranjuez soy el cabo
de comparsas, nada más,
destino que el buen Moráles
en la comedia me da;
el que mete y saca sillas,
el que siempre lo hace mal,
el que sin hablar tropieza
y paga por los demas;
pero en Madrid ya es distinto:
allí soy autoridad,
represento al pueblo, y jefe
de un ruidoso tribunal,
al pobre que se equivoca
lo parto por la mitad.

EL MARQUÉS. ¿Esta tarde es la comedia?

JERÓNIMO. Así dicen, y en verdad
que ya tengo muchas ganas
de volverme á mi portal.

EL MARQUÉS. ¿No os tratan bien?

JERÓNIMO. ¡Ya lo creo!
Allí entre el verde arrayan,
en una casa-palacio
nuestro pabellon está.
Nos trajeron á Aranjuez
en un faeton real
hace seis dias, y aquí
se nos permite ensayar
entre estos nobles monarcas,
que no aplaudirán jamas.
Nos sirven los cocineros

sabios de su majestad;
mas como yo soy tragon
y tengo buen paladar,
y honor es preciso hacer
á los guisos que me dan,
no cómo para vivir,
cómo para reventar.
El pelo de la dehesa
aquí en mi estómago está,
y cuando le doy un guiso
que no es de su uso especial,
me sacude un par de coces
que no me deja parar.

EL MARQUÉS. No coma tanto, maese,
que puede sentarle mal.

JERÓNIMO. Como no me veré en otra,
me aprovecho, y Dios dirá.

EL MARQUÉS. Mucho tardan los farsantes.

JERÓNIMO. Allí vistiéndose están (*señalando al foro derecha*),
y aquí han de venir en breve,
las órdenes á esperar
del rey.

EL MARQUÉS. Son de Cárlos Quinto
los trajes, si no vi mal.

(*Un cortesano aparece corriendo por el foro, y dice con agitacion:*)

CORTESANO 1.° ¡Señores, sus majestades
salieron!

CORTESANO 2.° ¿Y adónde van?

CORTESANO 1.° Al estanque á ver los gansos.

CORTESANO 2.° ¿Sí? Pues vamos por allá.

(*Salen precipitadamente.*)

JERÓNIMO. Corred, no perdais el tiempo,
y al llegar allí, ¡graznad!

CUADRADO. (*A Jerónimo.*) Pronto habré de menesteros.

JERÓNIMO. ¡Pues qué! ¿Ya os van á estrenar?

CUADRADO. En la Cruz tengo una obra.

JERÓNIMO. ¿Comedia? (*Cuadrado dice que sí.*)
(*Aparte.*) ¡Mala será!
(*Alto.*) Dándola en la Cruz, de fijo
os van á crucificar.

CUADRADO. ¿Vos me ayudareis?
JERÓNIMO. (*Con cierto énfasis.*) Verémos...
Si es buena... (*Aparte*) Que no será.
CUADRADO. Dicen que vale.
(*Jerónimo se pasea con marcada petulancia, y Cuadrado le sigue haciendo saludos respetuosos.*)
JERÓNIMO. ¿El autor?
CUADRADO. No, la gente del corral.
JERÓNIMO. Los cómicos se equivocan
con mucha facilidad;
pero verémos, verémos;
si es buena, se aplaudirá;
mas, con franqueza, si es mala,
con nuestra silba contad,
pero silba estrepitosa,
grande, inmensa, colosal,
silba que no olvidareis
aunque cien años vivais.
CUADRADO. (*Aparte.*) ¡Qué estúpido!
EL MARQUÉS. Sí, un estúpido
que nos puede derrotar.
(*Vanse por el foro el Marqués, Cuadrado y Redondo.*)

ESCENA III.

El CAPITAN apoyado en el pedestal de la estatua, y JERÓNIMO en el proscenio.

JERÓNIMO. De la silba el aguijon
le picó en mitad del alma;
mi ofrecimiento la calma
le roba del corazon.
¡Qué importa! No me da pena
mi oferta sencilla y franca;
la mala yerba se arranca,
para que crezca la buena.
(*Jerónimo se queda mirando una de las estatuas que representa al emperador Cárlos V, y dice con triste entonacion:*)
Esta estatua, á lo que entiendo,

nos la trajeron de Nántes;
con lo que vale, Cervántes
se echaria un buen remiendo.
¡Cervántes! ¡Genio profundo!...
Pobre, triste, en el olvido
vive... ¡Qué mal repartido
está este pícaro mundo!
Si yo tuviera el honor
de ver al rey cara á cara,
si por aquí le encontrara,
le diria: «Gran señor:

(*Jerónimo se quita el sombrero y saluda á la estatua como si estuviera hablando con el rey.*)

Si quereis honrar las canas
de un hombre de gran valía,
id á visitar un dia
la calle de Cantaranas,
y en una humilde buhardilla,
por la pobreza agobiado,
encontrareis á un soldado
que es de ingenios maravilla.
Por su patria dió una mano,
cautivo le tuvo el moro,
y ha escrito un libro, tesoro
del idioma castellano.
Honrando allí á su persona,
á vos mismo os honrareis,
y un blason añadireis
de gloria á vuestra corona;
que el rey que á un sabio enaltece,
al dar gloria adquiere gloria,
y una página en la historia
deja que nunca perece.»

(*El Capitan se irá acercando poco á poco por detras de Jerónimo hasta colocarse á su lado.*)

CAPITAN. (*Aparte.*) Este hombre parece honrado,
y dél me quiero valer.
(*Alto.*) ¿Decís que al rey quereis ver?

JERÓNIMO. ¡Yo! (*Aparte.*) ¿Quién será? (*Retrocediendo.*)

CAPITAN. Os he escuchado.

JERÓNIMO. ¡Yo ver al rey!...
CAPITAN. ¿Qué le arredra?
¿No hablaba con Cárlos Quinto?
JERÓNIMO. Sí señor; mas es distinto
un rey vivo á un rey de piedra.
Acusad de felonía
á este rey; á vuestro antojo
saltadle un diente, ó un ojo:
no dirá esta boca es mia,
no lograreis alterar
su grave rostro pasivo;
pero decidle á un rey vivo
la mitad, y os manda ahorcar.
CAPITAN. Yo os presento, si quereis,
al rey Felipe Tercero.
JERÓNIMO. (*Aparte.*) ¿Si será el rey? (*Alto.*) Caballero,
(*Saludándole con afectacion.*)
mil gracias. No os molesteis...
(*Aparte.*) Siento en el cuerpo un temblor...
¡Me manda al remo de fijo!
CAPITAN. En cambio, de vos exijo
un señalado favor.
JERÓNIMO. Mandad. (*Aparte.*) ¡Es el rey! ¡Yo sudo!
CAPITAN. Vos, segun tengo entendido,
con Alonso habeis venido...
JERÓNIMO. A hacer papeles de mudo.
CAPITAN. El mutismo es vuestra enseña.
¡Ay como llegueis á hablar,
pues cara os puede costar
la imprudencia más pequeña!
A Jusepa en ocasion
direis que nadie lo oyere,
que hablarla aquí sola quiere
el soldado del meson.
Si cumplis como se espera,
recompensa encontrareis;
si no, muy pronto os vereis
remando en una galera.

(*Jerónimo se inclina respetuosamente delante del Capitan, éste le saluda con la mano y se dirige hácia el foro, perdiéndose entre los árboles.*)

ESCENA IV.

JERÓNIMO solo.

JERÓNIMO. ¡Quién me metió en estos tratos!
¡Bonito encargo me dan!
¡Ay! ¡Qué bien dice el refran:
zapatero á tus zapatos!
Pero en fin, ya no hay tu tia;
cumpliré la comision
que el soldado del meson
á mi prudencia confia.
Temo que el destino fiero
me convierta en galeote,
y el pobre autor del *Quijote*
se quede sin zapatero.
Me encargó la brevedad;
no perdamos los instantes.
Ya vienen los comediantes;
prudencia y serenidad.

(*Aparecen por la enramada de la izquierda Alonso y Jusepa cogidos del brazo y como hablando en voz baja; luégo les siguen formando grupo Juan, Olmedo, Leona, que lleva de la mano á los dos niños, comediantes y comediantas. Los hombres, al ver á maese Jerónimo, corren á su encuentro; las mujeres forman un corro junto á una estatua. Jusepa y Alonso en primer término.*)

ESCENA V.

JERÓNIMO, ALONSO, JUSEPA, JUAN, LEONA, OLMEDO, los dos niños, comediantes y comediantas.

JUAN. ¡Gracias á Dios que os hallamos!
JERÓNIMO. ¡Gracias á Dios que os encuentro!
JUAN. ¿Os perdísteis?
JERÓNIMO. El perderse

en estos sitios no es nuevo.
(*Hablan en voz baja.*)

ALONSO. Hoy, Jusepa, un nuevo lauro
confio que alcanzarémos
ante el rey nuestro señor;
que aunque el alma enferma tengo,
procuraré que en mi rostro
no observen lo que padezco.

JUSEPA. Dudando de mí, me ofendes,
pues son injustos tus celos.

ALONSO. La noche de la posada
de muerte heriste mi pecho.
Yo vi á un hombre.

JUSEPA. No le viste.

ALONSO. ¡Yo le vi!...

JUSEPA. Tú estabas ciego.
Pedir razon á un celoso
sé que es inútil empeño,
tan inútil cual querer
cambiar el curso del viento,
contar del mar las arenas
y las estrellas del cielo.
(*Jusepa, dulcemente apoyada en el brazo de Alonso, le dice con sentida expresion los versos siguientes:*)
¡Yo te amo!... ¡Soy tuya! ¡tuya!
Oye bien mi juramento:
Si era un hombre aquél que viste,
que me castigue el Eterno
dando muerte á mis dos hijos,
y me maldigan muriendo.

ALONSO. (*Aterrado.*) ¡Calla!

JUSEPA. Más no me atormentes;
por tus hijos te lo ruego.
(*Siguen hablando en voz baja.*)

OLMEDO. Preocupado está Moráles.

JUAN. No es el caso para ménos.

JERÓNIMO. Representar ante un rey
es un compromiso regio.

JUAN. Muy alta pondrá su fama
en el papel de Lupercio,
pues sé que el divino Lope

se lo escribió de exprofeso.
¡Papel de celoso!

OLMEDO. ¡Digo!
¡Si lo hará bien el maestro!

LEONA. ¡Envidiosas! ¡Malas lenguas!
Aunque rabieis, os prometo
que he de llamar la atencion
del rey Felipe Tercero.

COMEDIANTA. ¡Vanidosa! ¡Presumida!
Porque le ha escrito unos versos
para la loa Moráles,
no cabe ya en el pellejo.

NIÑO 2.° Déjala, no te incomodes.

LEONA. En el teatro verémos
quién desempeña su parte
con más gracia y lucimiento.

COMEDIANTA. Bien se conoce que tienes
protectores.

LEONA. Si los tengo,
tanto mejor para mí,
porque, hija, en todos los tiempos
siempre hubo gran diferencia
entre lo malo y lo bueno.

COMEDIANTA. ¿Tú eres lo bueno?

LEONA. Cabal.

COMEDIANTA. ¿Nosotras lo malo?

LEONA. Eso.

COMEDIANTA. ¡Deslenguada!

LEONA. ¡Ay, que se enfada
la comedianta tropiezos,
la que no sale á la escena
sin que la den un meneo!

JERÓNIMO. Por respeto á estos monarcas,
no hay que arrancarse los pelos.

NIÑO 1.° Ven, Leona, que si te oye
mi padre, verás...

JUSEPA. ¿Qué es eso?

LEONA. Éstas, que tienen envidia
porque en la loa...

ALONSO. (*Con gravedad.*) ¡Silencio!
En vez de estar murmurando
y faltándose al respeto,

más les valiera estudiar
los papeles con esmero.
¿Pensais que aquí nos hallamos
en el teatro de un pueblo,
ante un público ignorante
de rústicos y labriegos?
Todo un rey os va á juzgar;
los más nobles caballeros,
las damas más distinguidas
hoy por tribunal tendrémos.
Si al arte rendís tributo,
adoracion y respeto,
á estudiar, porque la fama
con el estudio y el genio
se alcanza, no criticando
de los otros los defectos;
que eso es propio de la envidia,
de corazones pequeños,
pues sólo el cómico malo
pierde por desgracia el tiempo,
y olvidando sus papeles,
se ocupa de los ajenos.
¡A estudiar!

(*Todos los comediantes sacan sus papeles y se ponen á estudiar, los unos sentados en los bancos, los otros junto á las estatuas, todo lo más al foro que sea posible para que dejen libre el primer término del escenario y no se distraiga la atencion durante las escenas importantes del acto. Queda á cargo de los directores. Alonso se pasea por la escena, siempre preocupado.*)

NIÑO 1.° (*A Leona.*) ¿No te lo dije?
(*Dirigiéndose á las comediantas.*)
Os ha reñido. ¡Me alegro!

JERÓNIMO. Cayó la piedra en el charco:
las ranas enmudecieron.

(*Maese Sánchez se pasea por la escena.*)

LEONA. O yo no soy comedianta,
ó han de aplaudirme á lo ménos
cuatro veces en la loa,

para que traguen veneno.

ALONSO. Jusepa, ensaya á los niños
la escena en que me los llevo;
que no tomen actitudes
afectadas, pues deseo
que en sus infantiles rostros
se pinte el amor y el miedo.
Tú, Juan, pasa los papeles
á ésas, y por Dios te ruego
no te tomes libertades
con el público, hoy al ménos;
yo sé que te quiere mucho
el rey... Perdóna el consejo.

JUSEPA. ¡Ay, Leona, que mi esposo
está muriendo de celos!
Tú le conoces, tú sabes
adónde llegan sus vértigos.
¡Ay de todos si esta tarde
se trastorna su cerebro!

LEONA. Decidle...

JUSEPA. ¡Calla! (*Hablan en voz baja.*)

JERÓNIMO. El papel
que en la farsa represento,
como no tiene palabras,
equivocarme no puedo.
Papel de mudo. ¡Canario!
Pues ahora que lo recuerdo,
aún no la he dicho á Jusepa
una palabra. En secreto,
(*Dirigiéndose á Jusepa en voz baja.*)
el soldado del meson
dice que aquí quiere veros.

JUSEPA. ¡Jesus!

JERÓNIMO. ¡Por las once mil,
no griteis, que voy al remo!

ALONSO. (*Preocupado con el papel en la mano.*)
Darle tanta enhorabuena,
fingir un amor tan tierno
á una mujer que me vende,
no puedo... no... no... ¡no puedo!...
¡Qué dicha ser comediante
y vivir del fingimiento,

aparentar que se goza
cuando uno se está muriendo,
tener la risa en los labios
y las lágrimas por dentro,
dar abrazos cariñosos
al mismo que aborrecemos,
ahogar con las carcajadas
del corazon los lamentos!
¡Ah! ¡Cuántas veces aquí
arde voraz un incendio,
que si asomara á la boca,
prendiera al teatro fuego!

(*Alonso continúa estudiando su papel, profundamente abismado. Jusepa, Leona y los dos niños en el extremo opuesto. Jusepa de vez en cuando sigue con inquieta mirada las actitudes de su esposo.*)

JUSEPA. (*A los niños.*) Cuando vosotros veais
que aterrada retrocedo,
porque quitarme á mis hijos
quiere mi esposo, al momento
os cogeis de mi cintura,
y azorados por el miedo,
juntais vuestras manecitas
como por mí intercediendo,
porque el dolor de una madre
á quien roban sus hijuelos
se pintará en su semblante,
y ha de pintarse en el vuestro
la pena que á un hijo causa
ver á su madre muriendo.
Entónces, formando un grupo
dulce, suplicante, tierno,
caemos arrodillados
á las plantas de Lupercio,
y al levantar el puñal
para herir, los tres á un tiempo
inclinamos la cabeza
con humildad sobre el pecho,
cual mártires que no esperan
más amparo que del cielo.

NIÑO 2.° ¡Verás qué bien lo hago yo!
NIÑO 1.° ¿Sabes, madre, lo que siento?
JUSEPA. ¿Qué, hijo mio?
NIÑO 1.° No decir,
vamos, pongo por ejemplo:
«¡Yo no quiero separarme
de mi madre, no... no quiero!
Porque ¿qué será de mí
sin sus caricias y besos?»
JUSEPA. ¡Hijo del alma!... El autor
lo dispuso así...
NIÑO 1.° ¡Mal hecho!
Dirá el público: «Esos niños
tienen malos sentimientos;
les separan de su madre,
y se callan como muertos.»
(*Jusepa abraza á sus hijos y se queda hablando con ellos en voz baja.*)
ALONSO. Esta escena es imposible,
me repugna, ¡no la siento!...
Es inútil... la hare mal,
muy mal... aunque un año entero
la estudie... Se me atraganta.
No puedo, vamos, no puedo.
(*Lee haciéndose gran violencia.*)
«Norabuena mi Fulgencia,
»vertiendo perlas y rosas,
»corra el alba sin licencia
»las cortinas temerosas
»de la noche de mi ausencia.
»Norabuena yo merezca,
»despues que el sol amanezca,
»ver un ángel como vos,
»donde la imágen de Dios
»más al vivo resplandezca.
»Norabuena...» (1)
(*Representando.*) ¡Noramala
es sólo lo que merezco!...
¿Quién te apellida el Divino?

(1) Lope de Vega, acto primero, escena VI, de la comedia *Los enredos de Celauro.*

¿Quién el nombre de Maestro
te puso?... Vuelve á provincias
á apedrear con tus versos,
comediante de la legua.
¿Adónde está tu talento?
¿Dónde?... En el acto segundo,
allí demostrarlo espero;
allí de Alonso Moráles
subirá tan alto el crédito,
que hasta el rey ha de aplaudirme,
ha de aplaudirme... ¡lo quiero!
Lope de Vega en la llaga
su dedo inmortal ha puesto.
(*Lee.*) «Fuego secreto sin llama,
»que nunca de abrasar cesa,
»vil en obras, casta en fama,
»arpía en mi alegre mesa
»y Clitemnestra en mi cama;
»mujer de quien este sér
»áun no quisiera tener;
»mujer que tan mal viviste,
»que por ser mujer, quisiste
»dejar de ser mi mujer» (1).

(*Miéntras Alonso recita las dos quintillas de Lope de Vega, aparecen por el foro el Conde, el Marqués, Cuadrado, Redondo y algunos caballeros. El Conde hace un ademan para que no se interrumpa á Alonso, y todos se acercan poco á poco, como asimismo los comediantes, entre los que se halla maese Sánchez, que se olvidan de sus papeles para oir á su maestro. Jusepa estrecha á sus hijos cariñosamente y contempla embebecida á Alonso. Queda esta situacion á cargo del director de escena.*)

(1) Lope de Vega, acto segundo, escena XX, de la comedia *Los enredos de Celauro.*

ESCENA VI.

DICHOS, el CONDE, el MARQUÉS, CUADRADO, REDONDO y caballeros.

EL CONDE. ¡Bravo, Alonso! (*Aplaudiendo.*)

VARIOS. (*Aplaudiendo.*) ¡Víctor! ¡Víctor!

(*Todos le dan la mano, exceptuando el Marqués, Redondo y Cuadrado. Alonso se violenta para demostrar una gran alegría.*)

ALONSO. ¡Ah! Señores... no merezco
que pagueis con tanta usura
mis pobres merecimientos.
¡Gracias! ¡Gracias! La alegría
ya no me cabe en el pecho.
Es tanta, que el corazon
salta loco de contento,
y todo es color de rosa
cuanto en torno de mí veo.
La vida del comediante
es un carnaval perpetuo,
perfumado por la gloria.
¡No hay nada, nada tan bello!...
Ellos tienen por esclavos
las pasiones, los afectos,
las lágrimas, las sonrisas,
el valor, el torpe miedo,
y el público dice: «¡Oh dicha!»
y digo yo: ¡Qué tormento!
Que es el cómico fingir
un fingir tan vehemente,
que á fuerza de fingir siente,
y sintiendo hace sentir.

(*Alonso se rie, demostrando una excesiva alegría; estrecha las manos de los que le rodean. Jusepa y Leona siguen con inquietud todos sus movimientos. Juan habla con Jerónimo y los comediantes, el Marqués con los dos ingenios, quedando divididos los personajes en cuatro grupos, siendo el más numeroso el que está en el centro, etc.*)

JUSEPA. ¿Le ves, Leona?... Un puñal
clavado lleva en el pecho,
sufre mucho... Le conozco.
Le han trastornado los celos.

JUAN. Señores, no hay quien le iguale,
Moráles es el primero.

JERÓNIMO. ¡Cuánto siento no tener
á mano mis mosqueteros!

EL MARQUÉS. Si hace ante el rey la comedia
así, el triunfo es completo.

CUADRADO. Y entónces nuestras tres gracias
llevan malparado el pleito.

EL MARQUÉS. Nos queda el ultimo golpe,
golpe de gracia, el soneto
del conde Villamediana.
¡Ya vereis qué buen efecto!

(*El Marqués, Cuadrado y Redondo se retiran por el foro hablando en voz baja.*)

EL CONDE. Muy en breve, cuando el rey
regrese de su paseo,
principiará la comedia;
pero ántes, Alonso, quiero
al de Lerma presentarte,
pues su apoyo es de gran precio.

ALONSO. (*Aparte.*) Es la vida una comedia.
Continúe el fingimiento.

(*Alonso, Juan y Olmedo siguen al Conde. Jerónimo se dirige al foro, por donde se pasea conversando con los comediantes, que estudian los papeles sentados en los bancos. Los dos niños juegan sentados al pié de una de las estatuas del segundo término. Jusepa sigue con la mirada á Alonso, que no vuelve la cabeza ni para saludarla. Leona mira con ternura á Jusepa.*)

ESCENA VII.

JUSEPA y LEONA.

JUSEPA. Sufriendo angustia mortal
mis ojos partir le ven.

¿Por qué, si me quiere bien,
ha de juzgarme tan mal?
¡Ni un adios!... ¡Ni una mirada,
cuando su amor es mi vida!
Los celos son una herida
eternamente enconada,
voraz incendio, que crece
á cada instante que pasa,
que el corazon nos abrasa,
que perturba, que enloquece.
Lenta, angustiosa agonía,
que mata nuestro reposo,
fiero huracan borrascoso,
que en noche convierte el dia.
¡Vírgen santa, para tí
no hay secretos! ¡De tí espero,
pues sabes cuánto le quiero,
que tenga piedad de mí!

(*Leona, que nò ha apartado los ojos de Jusepa durante el anterior parlamento, se acerca, le coge una mano y le dice con filial ternura:*)

LEONA. Si á tu dolor no das tregua,
tan mal la comedia harémos,
que nos acreditarémos
de cómicos de la legua.
¿Por qué tanta confusion,
que en riesgo pone tu fama?
Odio me inspiran la dama
y el soldado del meson.

JUSEPA. ¡Calla!

LEONA. El silencio no apruebo,
que á fuerza de agradecida
quisiera darte la vida
por lo mucho que te debo.
La lucha fiera, incesante,
terminemos de una vez;
para probar tu honradez
una palabra es bastante.
Tú padeces, él padece...
Habla... la verdad pregona.

JUSEPA. Ese secreto, Leona,

á mí no me pertenece;
y aunque una ruda batalla
llene el pecho de inquietud,
la voz de la gratitud
me dice: padece y calla,
y aunque tu dicha se hunda,
no abandones en su duelo
al ángel que fué el consuelo
de tu madre moribunda,
á la que en tu tierna edad
con cariñosa ternura
dió á tu madre sepultura
y cuidó de tu orfandad.
Si hoy su amparo yo no fuera,
siempre, siempre temeria
que desde su tumba fria
mi madre me maldijera.

LEONA. ¿Por qué ha de ignorar Moráles
la historia de esos amores?

JUSEPA. Fuera eso aumentar dolores
sobre el peso de mis males.

LEONA. No comprendo...

JUSEPA. Honrado es,
y si él supiese que están
en poder del Capitan
las cartas de Doña Ines,
sin vacilar le buscara,
las cartas le pediria,
y se las arrancaria
aunque la vida arriesgara.
No quiero comprometer
á mi esposo, porque espero
que pueda más que su acero
el ruego de una mujer.
Yo me buscaré la traza.
Verémos al fin quién vence,
que una lágrima convence
mucho más que una amenaza.

(*Aparece en el foro el Capitan, que baja pausadamente hácia el proscenio. Jusepa, al verle, lanza un grito ahogado. Leona mira al Capitan con marcada curiosidad.*)

LEONA. ¡Buen aire! ¡Marcial doncel!
JUSEPA. Vete.
LEONA. ¿Es nuestro hombre?
JUSEPA. Sí.
Vete, necesito aquí
quedarme sola con él.
LEONA. Me voy y cierro la boca.
Como á tus ruegos no ceda,
suceda lo que suceda,
yo sé lo que hacer me toca.

(*Leona se reune con los niños, y sentándose al pié de la última estatua, se pone á jugar con ellos. El Capitan llega hasta donde está Jusepa, y dice con pausado y sentido acento:*)

ESCENA VIII.

JUSEPA y el CAPITAN.

CAPITAN. Al fin de aquella enramada
á la condesa encontré,
me detuve, la miré,
de mí apartó la mirada,
y aspirando de una flor
la esencia pura y fragrante,
siguió el camino adelante
sin fijarse en mi dolor.
No os quejareis del soldado,
pues la palabra os cumplió:
vió á su dama, y no la habló
aunque la tuvo á su lado.
No pretendo que me ame;
mas si mi presencia esquiva,
con sangre es fuerza se escriba
la falsedad de esa infame.
JUSEPA. Vos, D. Martin de Ibarrola;
vos, tan noble y bien nacido,
que en la guerra gloria hais sido
de la legion española;
vos, el valiente adalid
que alcanzó envidiable fama,

para perder á una dama
no habeis venido á Madrid.
Nunca un noble corazon
á ruines pasiones cede,
pues cuando vengarse puede,
su venganza es el perdon.

CAPITAN. De vuestra voz el sonido
aquí en mi pecho resuena.
¡Qué buena sois!

JUSEPA. Si soy buena,
concededme lo que os pido.

CAPITAN. Yo sé que desdichas hartas
por mi culpa padeceis.
¿Qué quereis?

JUSEPA. Que me entregueis
el medallon y las cartas.

CAPITAN. No puedo.

JUSEPA. Borrad enojos
que os dejaron triste huella;
vuestra venganza más bella
es el llanto de sus ojos.

CAPITAN. No puedo.

JUSEPA. Pensad que vos
su honra teneis en las manos;
que es vengarse de villanos,
y que noble os hizo Dios;
que es Doña Ines desgraciada
no pudiendo disculparse,
que el rey la obligó á casarse
con el Conde de Granada.
Doleos, pues, del profundo
malestar de una mujer,
que hacer bien es el placer
más sabroso de este mundo.
Doleos, pues, de su mal,
tened piedad de su llanto...

CAPITAN. Vos quereis que sea un santo,
y soy un pobre mortal.

JUSEPA. Si no de santo, teneis
de noble acciones muy bellas;
el caso resuelvan ellas;
oid una, y juzgareis:

Cuenta la fama parlera,
que nada sabe callar,
que en Hungría un militar,
gloria y prez de su bandera,
del combate en lo más fuerte,
vió ante sus piés un soldado
con el pecho ensangrentado
y en la mirada la muerte.
Ambos brazos le tendia
y con ternura abrazaba
un niño, que le besaba
á tiempo que se moria.
—¡Perdon para éste, señor!
le dijo. Soy luterano.
¡Salvad, pues, si sois cristiano,
á esta prenda de mi amor!—
Detuvo el corcel brioso
el español caballero,
envainó el terrible acero
y se apeó presuroso.
Vió que de la herida abierta
sangre abundante manaba,
que la vida se acababa,
y que la muerte era cierta.
—Muere en paz, noble soldado,
le dijo. Miéntras yo aliente,
te juro que este inocente
ha de vivir á mi lado.—
Luégo el soldado murió,
el español cogió el niño,
le dió un beso con cariño,
y en su caballo montó.
Suelta dejando la rienda,
clava al bruto el acicate,
y del lugar del combate
se trasladó hasta su tienda;
y á un viejo que le servia
de escudero así le dijo:
—Cuídale bien, que es un hijo,
Fernan, que Dios nos envia.—
Luégo desnudó la espada,
el caballo hizo girar

y se volvió á pelear
por su bandera sagrada.
Ese caudillo que Dios
dió á la legion española
es D. Martin de Ibarrola,
le estoy mirando, sois vos.
¡Por aquel niño querido,
por los mios que allí veis,
por cuanto en el mundo ameis,
perdon para Ines os pido!

CAPITAN. ¡Dejadme! (*Se encamina hácia la izquierda.*)

JUSEPA. (*Siguiéndole.*) No puede ser:
quien alma tan bella tiene,
á vengarse no se aviene
de una infelice mujer.

CAPITAN. Empeñado mi honor creo
en verla una vez siquiera.
Esta carta es mensajera
que le explica mi deseo.

JUSEPA. ¡Esa carta!...
(*Retrocediendo como si temiera tocarla con sus manos.*)

CAPITAN. La ocasion
vos de darla buscareis.

JUSEPA. ¡Ved, señor, que la perdeis!...

CAPITAN. La desprecia el corazon.

JUSEPA. (*Aparte.*) ¡Profundo temor me abruma!
¡A un tiempo van á perderse!

CAPITAN. Hay dos modos de entenderse:
con la lengua ó con la pluma.
Elegid...

JUSEPA. (*Despues de un momento de lucha.*)
¡Vano temor!
Venga la carta.

CAPITAN. Tomad.
(*Jusepa la guarda en su limosnero.*)

JUSEPA. ¿Confio en vuestra lealtad?

CAPITAN. ¡Confiad!

JUSEPA. ¡Gracias, señor!
(*El Capitan sale precipitadamente por la izquierda. Poco ántes aparecen por la derecha el Marqués, Redondo, Cuadrado y*

varios caballeros. Al ver á Jusepa y al Capitan se detienen y ocultan detras de las estatuas, hablando en voz baja. Jusepa dirige una mirada al Capitan y pausadamente se acerca adonde están los niños, perdiéndose con ellos y acompañada de Leona por la espesura del fondo.)

ESCENA IX.

El MARQUÉS, REDONDO, CUADRADO y caballeros. Luégo ALONSO.

CUADRADO. ¡Hola! ¡hola! ¿Será éste
el mismo de la posada?
EL MARQUÉS. Caprichos del Capitan,
que, teniendo buena casa,
toma un cuarto en un meson.
REDONDO. O exigencia de su dama.
(*Alonso aparece por el foro derecha, preocupado con la lectura de un papel que lleva en la mano. El Marqués y sus amigos bajan riéndose hasta el proscenio.*)
CUADRADO. El marido en estas cosas
llega tarde.
EL MARQUÉS. No hace falta:
es que hay un dios tutelar
para la mujer casada.
¡Pobre Moráles!
(*Alonso dirige una mirada feroz en derredor suyo, se contiene y oculta detras de una estatua.*)
ALONSO. (*Aparte.*) ¿Qué dicen?
EL MARQUÉS. ¡Qué feliz es la ignorancia!
Luégo dirán que calumnia
el conde Villamediana
si con el pobre Moráles
y Jusepa la farsanta
la toma, si les escribe
media docena de sátiras.
No están en Madrid seguros.
CUADRADO. ¿Qué es en Madrid? Ni áun en Asia.

ALONSO. (*Aparte.*) ¡Esto más!

EL MARQUÉS. Porque el soneto
pica como una cantárida,
y ha de levantar ampollas
á la hermosa comedianta.

CUADRADO. Y al marido, porque al fin
es el que lleva la carga.

EL MARQUÉS. (*Alzando la voz.*) Moráles busca en la escena
aplausos, renombre y fama;
mas Jusepa poco á poco
se encargará de quitársela.

ALONSO. ¡No puedo más!... ¡Miserables!
(*Saliendo y colocándose en medio de todos dirigiéndoles miradas amenazadoras.*)
¡El conde Villamediana
es un vil calumniador!

EL MARQUÉS. Medid más vuestras palabras.

ALONSO. Tambien tengo yo el soneto
que escribió á Jusepa Vaca,
y puede estar el buen conde
orgulloso de su hazaña.
Si alguno hay que le defienda,
que me mire cara á cara.

EL MARQUÉS. Si no fuérais vos quien sois,
os respondiera mi espada.

ALONSO. Es verdad, soy comediante,
no es ilustre mi prosapia,
ni en mi familia se cuentan
caudillos de la Cruzada.
Fueron mis antepasados,
si es que no miente la fama,
de los que á Huesca en sus hombros
condujeron la campana.
Villanos de pura sangre,
plebeyos de limpia raza,
como viven del trabajo
y el tiempo les hace falta,
no escriben torpes libelos
contra mujeres honradas.
Hay nobles que nobles son,
y hay nobles que se degradan
arrastrando por el cieno

el escudo de sus armas.
¿Qué tiene que ver, señores,
el oficio con el alma?
Si quereis probar la mia,
al ser la noche cerrada
nos darémos un paseo
por la orilla del Jarama,
y allí, á la luz de la luna,
bajo la espesa enramada,
sin más testigos que Dios
que ha de juzgarnos mañana,
os probará un comediante
que títulos no hacen falta
para vengar las ofensas
y castigar las infamias.

EL MARQUÉS. Acepto: al anochecer,
en la orilla del Jarama.
Aquí podeis esperarme
cuando concluya la farsa,
y allí verémos si corta
como la lengua la espada.
Mas si tanto os interesa
el honor de vuestra casa,
buscadle en el limosnero
de Jusepa la farsanta,
pues siempre al marido pierde
la excesiva confianza.

(*Los cortesanos rodean al Marqués, que dirige miradas de desprecio á Alonso, quien, atónito y como poseido de un parasismo, estruja entre sus manos el soneto.*)

ALONSO. ¿Qué dice ese hombre?

CUADRADO. (*Al Marqués.*) ¡Bien dicho!

EL MARQUÉS. Yo castigaré su audacia.

REDONDO. Mas no os batireis.

EL MARQUÉS. Le haré
ese honor. (*Desaparecen.*)

ESCENA X.

ALONSO. Poco despues JUSEPA, LEONA y niños.

ALONSO. Podeis buscarla
en su limosnero... Sí,
la buscaré. ¡Ah! ¡Me falta
aire para respirar,
corazon para matarla!

JUSEPA. (*Saliendo y hablando aparte con Leona.*)
Nada pude conseguir,
mas no pierdo la esperanza,
que es D. Martin caballero
y tiene muy bella el alma.

(*Jusepa repara en su marido, que está leyendo un papel, se acerca, apoya cariñosamente sus manos en el hombro de su esposo, y le dice con ternura:*)

¿Ensayas?

ALONSO. ¡Ah! Sí, un soneto
del conde Villamediana.
Escucha, es cosa de risa.
Oye... tiene mucha gracia:

(*Alonso lee pausadamente y con burlona sonrisa el soneto. Jusepa le oye mirándole con recelosa inquietud.*)

«Oiga, Jusepa, mire que ya pisa
»esta corte del rey; cordura tenga;
»mire que el vulgo en murmurar se venga,
»y el tiempo siempre sin hablar avisa.
»Por esta dura y eficaz divisa
»que de hablar con los príncipes se abstenga,
»y aunque uno y otro duque á hablarla venga,
»su marido no más, su honor y misa.—
»Dijo Moráles y rióse un poco;
»mas la Jusepa le responde airada:
»—Ó lleve el diablo tanto *guarda el coco.*
»¡Malhaya yo si fuese más honrada!—
»Pero como ella es simple y él es loco,
»Miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.»
¿Qué te parece?

JUSEPA. ¡El autor
es un vil! ¡Me causa lástima!
Ensayemos.

ALONSO. Sí, ensayemos,
que en el mundo todo es farsa.

JUSEPA. ¿Qué tienes? (*Mirándole fijamente.*)

ALONSO. ¿Qué he de tener?...
Nada.

JUSEPA. ¿Nada?

ALONSO. ¡Nada! ¡Nada!
Ensayarémos la escena
cuando Lupercio le arranca
á su mujer los dos hijos;
la siento con toda el alma
aquí. Tú empieza. ¡Leona!
con los niños preparada.
(*Aparte.*) Yo veré si el limosnero
mi honra, como dicen, guarda,
y si es verdad, en verdad
se va á convertir la farsa.

JUSEPA. (*Aparte.*) ¡No sé qué leo en sus ojos
que me aterra, que me espanta!
(*Jusepa lee en el papel de su comedia como si ensayara.*)
«Vos el sombrero en los ojos,
»vos los ojos en el suelo,
»que éstos tienen por despojos,
»decidme, por Dios del cielo,
»si teneis conmigo enojos.
»Mi bien, alma de esta vida,
»¿qué os he dicho? ¿qué os he hecho?
»¿No me hablais?

ALONSO. »¡Ah mujer fingida!
»Aspid que entraste en mi pecho
»y estás en el alma asida;
»amigo vil que te alejas
»en viendo pobreza y quejas;
»víbora que concebí,
»que para salir de mí
»el pecho abierto me dejas;
»rayo que me has abrasado
»dejando sano el vestido,

»enemigo perdonado,
»ingrato que me has vendido,
»y deudo que me has negado;
»enmascarada homicida,
»calentura lenta asida
»con tan tibio proceder,
»que no se echando de ver
»está acabando la vida;
»fuego secreto sin llama,
»que nunca de abrasar cesa,
»vil en obras, casta en fama,
»arpía en mi alegre mesa
»y Clitemnestra en mi cama;
»mujer de quien este sér
»áun no quisiera tener;
»mujer que tan mal viviste,
»que por ser mujer, quisiste
»dejar de ser mi mujer.

JUSEPA. »¿Qué os han dicho, mi señor,
»dulce bien mio y mi vida,
»que con tanto desamor
»me llamais vuestra homicida,
»fe falsa, y paz de traidor?
»Que de que vos me mateis,
»que soy vuestra humilde hechura,
»ningun agravio me haceis;
»siento por más desventura
»sólo el ver que me afrenteis.
»¿Queréismelo decir?

ALONSO. »¡Calla!
»¡Calla, sierpe venenosa,
»que entre la yerba se halla,
»flor de adelfa, araña en rosa,
»con más yerros que una malla!
»No quieras saber lo que es,
»que no habrá muerte decente...

JUSEPA. »Alto, señor; si así es,
»dejadme como inocente
»que me arrodille á esos piés.
»Tres estamos á este fiero
»sacrificio prevenidos:
»tú con el desnudo acero,

»hechos piedras los oidos,
»inexorable y severo;
»yo cual víctima inocente,
»y el ángel que condolido
»te está diciendo «¡Detente!»
»en mis entrañas metido
»y á la ejecucion presente.

ALONSO. »¡Dame mis hijos!

JUSEPA. »Saber
»quiero adónde se los llevan.

ALONSO. »Donde no los has de ver.

JUSEPA. »¡Señor, Enrique ¡ay! y Estéban
»partid con esta mujer!

ALONSO. »Ya no, que no lo eres mia.

JUSEPA. »¡Mi bien, mi señor! (*Arrodillándose á sus piés.*)

ALONSO. »Desvia.

JUSEPA. »¿No son bienes gananciales?

ALONSO. »Los hijos no, celestiales,
»que el cielo nos da y envia.

JUSEPA. »Llevaos á Estéban, señor.

ALONSO. »Aunque él mismo lo suplique,
»vete, infamia de mi honor.

JUSEPA. (*En un arranque de maternal ternura.*)
»Dejadme, señor, á Enrique,
»que me costó más dolor» (1).

(*Alonso en este momento de lucha introduce la mano en el limosnero de Jusepa, y saca un papel. Se aparta bruscamente lanzando un grito, y lo lee con acento convulso. Jusepa le mira sin comprender aquel cambio brusco.*)

ALONSO. (*Leyendo.*) «Pues la perfidia no arredra
á tu corazon artero,
al dar las doce te espero
junto á la estatua de piedra
del rey Felipe Tercero.
¡Ay si, olvidando mi amor,
borras la promesa escrita
á los piés del Redentor,
pues si faltas á la cita,

(1) Lope de Vega, en la comedia *Los enredos de Celauro*, acto segundo.

haré pedazos tu honor.»

(*Jusepa se acerca, y Alonso le enseña la carta.*)

¡Infame! ¡Mira!

JUSEPA. (*Retrocediendo.*) ¡Qué has hecho!

ALONSO. En tu limosnero estaba,
y aún la duda se albergaba
en el fondo de mi pecho.
¡Leona! ¡Mis hijos!

JUSEPA. ¿Qué intenta?

LEONA. ¿Tus hijos?... (*Como no comprendiendo lo que dice.*)

ALONSO. ¡Sí, me los llevo!

JUSEPA. ¿Te los llevas?...

ALONSO. ¡Yo no debo
soportar tamaña afrenta!

JUSEPA. ¡Alonso!

ALONSO. ¡Aparta!

JUSEPA. ¡Insensato!
¡Por mis hijos te juré,
y no quieres darme fe!...

ALONSO. ¡Como te acerques, te mato!
¡Dame mis hijos!

JUSEPA. ¡Atras!
Si has perdido la razon,
arráncame el corazon,
pero mis hijos... ¡jamás!

(*Jusepa abraza á sus hijos. Leona se coloca á su lado. Alonso mira en derredor suyo, saca el puñal, y lo envaina al acercarse el Conde de Granada, el Marqués, Redondo, Cuadrado, Jerónimo, Olmedo y acompañamiento, que bajan por el foro.*)

ESCENA XI.

DICHOS, el CONDE, el MARQUÉS, CUADRADO, JERÓNIMO y acompañamiento.

EL CONDE. Moráles, vamos...

ALONSO. (*Despues de un momento de lucha consigo mismo, y como el que se resuelve por fin.*)
No voy.

EL CONDE. ¡Que espera el rey y el infante!
ALONSO. Es que hoy no soy comediante.
EL CONDE. ¡Qué!...
ALONSO. No hago comedias hoy.

(*Movimiento general de asombro. El Conde, como si no diera crédito á lo que oye, se acerca á Alonso, que en mitad del teatro dirige fieras miradas á su esposa, dominando el temblor convulsivo que le agita.*)

EL CONDE. ¿Estás loco?...
ALONSO. (*Riéndose.*) Puede ser.
EL CONDE. Piensa que el rey se impacienta.
ALONSO. ¡Yo sólo pienso en mi afrenta
y en matar á una mujer!
EL CONDE. ¿Qué dices?
ALONSO. ¡Dejadme!...
JUSEPA. ¡Oh, Dios!
¡Por tus hijos!...
ALONSO. ¡Quita! ¡Aparta!
EL CONDE. Vamos, mi paciencia es harta.
Vamos.
JUAN. ¡Moráles!
ALONSO. Id vos.
EL MARQUÉS. Se pierde sin remision.
EL CONDE. ¡Y su planta no se mueve!...
EL MARQUÉS. El rey esperar no debe
á un comediante, á un histrion.

(*Alonso, al oir la voz del Marqués, hace un movimiento de ira, se queda mirándole y le dice con acento altanero:*)

ALONSO. Decidle á su majestad,
si mi conducta le extraña,
que si él es el rey de España,
rey soy de mi voluntad.

(*Todos los comediantes rodean á Alonso en ademan suplicante. Leona, Jusepa y los niños quieren cogerle las manos para besárselas. Alonso los rechaza. El Conde se detiene un momento, y por fin, cansado de esperar, se dirige hácia el foro acompañado del Marqués, que figura hablarle con calor en voz baja.*)

COMEDIANTES. ¡Maestro!... (*Como suplicándole.*)

ALONSO. (*Saliendo bruscamente del círculo que le rodea.*)
¿Por qué se me asedia?
¡Si me aplican el tormento,
cuando más, daré un lamento,
pero no haré una comedia!

EL CONDE. ¡Basta ya! ¡Guardias!...

JUSEPA. ¡Dios mio!...

(*Asoman por el foro algunos alabarderos del rey. El Marqués y los dos poetas bajan al proscenio demostrando su alegría. Movimiento general de terror al ver los guardias. Alonso, en medio de la escena, dirige miradas amenazadoras al Marqués y á Jusepa.*)

EL CONDE. Puesto que, insensato, loco,
hasta su rey tiene en poco,
¡prendedle!

(*Los soldados cogen á Alonso por los brazos y le desarman. Alonso no cesa de mirar al Marqués y á Jusepa, riéndose sarcásticamente.*)

JUSEPA. (*Al Conde.*) ¡En vos confio!
¡Ved, señor, que él es mi vida,
que en triste llanto me anego!

ALONSO. (*Hace un esfuerzo para desprenderse de las manos de los soldados, y dice con desesperacion:*)
¡No me ofendas con tu ruego,
adúltera fementida!

JUSEPA. ¡Jesus! ¡Yo adúltera!... ¡Miente!
Que limpio y puro es mi honor.
¡Mas perdonadle, señor,
porque es un pobre demente!

ALONSO. Marqués, no olvido la afrenta,
y al verme libre mañana,
con vos y Villamediana
espero arreglar la cuenta.

(*Los guardias se llevan á Alonso por el foro con violencia. Jusepa tiende las manos hácia su esposo, y dice:*)

JUSEPA. ¡Preso mi esposo! ¡Y aquí
me dejais con mi dolor!

¡Alonso, mi bien, mi amor,
alma del alma! ¡Ay de mí!

(*Cae desvanecida en los brazos de Leona y los comediantes, que la rodean procurando consolarla. Maese Jerónimo se acerca poco á poco al grupo que forman el Marqués y los cortesanos.*)

LEONA. (*Al Conde.*) ¡Salvadle!

EL CONDE. (*A Leona.*) Le salvaré.

EL MARQUÉS. Vencimos, y su lugar
las gracias han de ocupar.

JERÓNIMO. (*Asoma la cabeza por entre los cortesanos.*)
Sí, pero yo os silbaré.

EL MARQUÉS. ¡Vos!

JERÓNIMO. (*Con dramática energía.*) ¡Silbaré, lo repito,
con mis mosquetes tonantes!
¡Os lo juro por Cervántes,
que es mi santo favorito!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Modesta habitacion en casa de Jusepa Vaca. Al fondo una alcoba cubierta por una cortina de percal blanco. En el primer término de la izquierda un sillon de vaqueta, sillas de madera y una mesa de pino cubierta con una tapeta sobre la cual se ven algunos libros y un velon encendido. En el primer término de la derecha un reclinatorio forrado de paño negro, donde se ve la imágen de un Cristo de talla, alumbrado por una pequeña lámpara. Puerta y ventana practicables en el segundo y tercer término de la izquierda dan paso á la calle. Puerta en el segundo término de la derecha, que comunica con el interior de la habitacion. En las paredes se ven algunos cuadros místicos y dos panoplias con las espadas y armas de Alonso Moráles. Todo debe respirar aseo y modestia. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparece el viejo SALVADOR sentado en el sillon, con un libro en la mano, leyendo. A sus piés, sentados en dos taburetes, se hallan los dos niños, que se apoyan cariñosamente en sus rodillas. LEONA de pié detras del anciano, apoyándose en el respaldo del sillon. JUSEPA sentada en una silla junto á la mesa, con la mirada fija en el Cristo del reclinatorio.

SALVADOR. (*Leyendo con voz pausada.*)

«Ha venido de repente un huracan por la parte del desierto, y conmoviendo las cuatro esquinas de tu casa, la ha derribado, cogiendo debajo á tus hijos, que han quedado muertos.

»El fuego del cielo ha reducido á cenizas tus ovejas y tus pastores.

»Los caldeos se han arrojado sobre tus camellos y tus bueyes, y se los han llevado.

»Los sabeos han robado todo cuanto tenias y degollado á tus siervos.

»Entónces Job, el varon justo, se levantó, rasgó sus vestiduras, y postrándose en tierra, dijo:

—»El Señor me dió los bienes, el Señor me los quita. ¡Bendito sea el nombre del Señor!»

«Breves son los dias del hombre, contado el número de sus meses: si un árbol fuese cortado, hay esperanza que reverdezca y eche nuevos retoños; mas el hombre, una vez muerto y consumido, ¿dónde está?

»Hay una senda que no conoció ave alguna, ni la pisaron nunca los hijos del leon. ¿En dónde se halla la sabiduría? ¿Cuál es el lugar de la inteligencia?

»El hombre no conoce su valor, ni ella está en la tierra de los hombres.

»El abismo dice: «No está dentro de mí»; y el mar afirma: «Ni conmigo tampoco».

»No se compra con oro finísimo ni se cambia á peso de plata; no tiene comparacion con ella ni el topacio de Etiopía ni el diamante de Oriente. ¿De dónde viene la sabiduría? ¿Cuál es la morada de la inteligencia?

»Y dijo al hombre: «El temor del Señor, ésa es la sabiduría. Apartarse del mal, ésa es la inteligencia.» (1)

(*Salvador deja el libro sobre la mesa, se enjuga los ojos, y colocando las manos sobre las cabezas de los niños dice:*)

No borreis de la memoria
de Job la historia sentida,
porque imitándole en vida
se halla en la muerte la gloria.
La riqueza no os dé afan,
pues las dichas y pesares,
cual las olas de los mares,
conforme vienen se van.

JUSEPA. (*Como hablando consigo misma.*)

(1) Parábolas del Libro de Job.

¡Pobre Alonso! El corazon
tendrá ya despedazado.
¡El, tan bueno, tan honrado,
y hallarse en una prision!

SALVADOR. ¡Hijo, ven, te necesita
mi alma, que muere sin tí!

LEONA. Vamos, ¿ya estamos aquí
soltando la lagrimita?
¡Es mucho asunto, señor!
(*En voz baja á Salvador.*)
¿No le basta que se sepa
que el rey perdona? ¡Jusepa!...
¡Vamos, padre Salvador!...
Dejad ya tantos gemidos,
que estos ángeles del cielo
están viendo vuestro duelo
tristes y descoloridos.
(*El viejo se enjuga las lágrimas. Jusepa se levanta y se va acercando poco á poco hácia donde están sus hijos.*)

NIÑO 1.° Díme, abuelito, y perdona:
¿por qué no viene mi padre?
¿Por qué lloras tú y mi madre
y nosotros y Leona?

SALVADOR. Yo no lloro... Cuando leo,
con la luz la vista irrito.

NIÑO 1.° ¡Ah! Perdóname, abuelito,
si digo que no te creo.
Antes tú todos los dias
alegre el lecho dejabas,
y con nosotros jugabas
y con nosotros reias.
Hoy en tu semblante advierto
el dolor y la ansiedad.
¡Díme, por Dios, la verdad!
¿Es que nuestro padre ha muerto?

JUSEPA. ¡Muerto no, Vírgen María!
Vive, y pronto le verémos.

NIÑO 1.° Pues entónces, no llorémos,
que él volverá, madre mia.

JUSEPA. Hijos, es tarde... A dormir,
y vos tambien, padre mio.

SALVADOR. No me acuesto, pues confio
que esta noche ha de venir.
(*Salvador habla aparte con Jusepa; Leona con los niños.*)

NIÑO 2.° Buenas noches. (*Besa la mano á su madre y á su abuelo.*)

JUSEPA. Que os dé Dios
un sueño dulce y bendito.
(*Leona conduce á los niños hasta el reclinatorio, les levanta para que besen los piés al Cristo, y se dirige hácia la alcoba. El niño* 1.° *se detiene y dice:*)

NIÑO 1.° ¡Qué! ¿No vienes, abuelito?

SALVADOR. Voy de vosotros en pos.
(*Entran en la alcoba los niños y Leona.*)

ESCENA II.

SALVADOR y JUSEPA.

JUSEPA. ¿Os quedais?

SALVADOR. Iré despues.
¿Crees que será verdad
que le haya su majestad
perdonado?

JUSEPA. Doña Ines
así á decirlo me envia,
y así creerlo debemos.
Volverá, en Dios confiemos.

SALVADOR. ¿Y cuándo será ese dia?
¡Volverá! ¡Cómo ha de ser!
Siete dias hace ya
que me decís volverá,
y no le veo volver.
Siete dias que besó
por última vez mi frente,
siete dias que está ausente,
siete dias que partió,
siete dias que cruel
deja en olvido mis canas,
y esos dias las semanas
me parecen de Daniel.

JUSEPA. No aumenteis vuestro dolor
haciendo mi alma pedazos.
Muy pronto aquí en dulces lazos
á juntarnos va el amor;
muy pronto vuestros temores
se van á desvanecer,
y este hogar volverá á ser
nido de nuestros amores.

SALVADOR. En vano quieres la calma
devolverme, no te creo,
porque en tu semblante leo
los pesares de tu alma.

JUSEPA. Vamos, señor, á dormir;
sois muy viejo, estais enfermo...

SALVADOR. El caso es que si me duermo
no voy á verle venir.

JUSEPA. Yo os llamaré.

SALVADOR. No lo harás.

JUSEPA. No seais desconfiado.

SALVADOR. Cuando Alonso esté á tu lado,
de mí no te acordarás.

JUSEPA. ¿Dudais?

SALVADOR. De tu amor lo exijo
y de tu bondad lo espero:
deseo ser el primero
en abrazar á mi hijo.

JUSEPA. Lo sereis.

SALVADOR. En tí confio.

JUSEPA. Haceis bien en confiar.

SALVADOR. Tú te quedas á velar,
como siempre.

JUSEPA. Padre mio,
dejad que con triste afan
ayes exhale mi pecho,
pues mi esperanza y mi lecho
de Cristo á los piés están.
Vedle, sus brazos me tiende
desde su afrentoso leño,
y cuando me rinde el sueño,
me protege y me defiende.
Vedle, en su dulce mirar,
«Mujer, me quiere decir,

ten fuerza para sufrir,
y fe en mí para esperar.
Yo sé que tu corazon
no abriga culpa liviana,
y para tí está cercana
la hora de la redencion.»
Dejad, pues, que el lecho sea
de esta mujer desgraciada
junto á la imágen sagrada
del Mártir de Galilea.

SALVADOR. En el sillon dormiré,
pues acostarme no quiero.
Si viene... ¡por Dios! espero
me avises.

JUSEPA. Así lo haré.

(*Jusepa conduce á Salvador hasta la alcoba, á tiempo que sale Leona. Momento de pausa. Se oye una voz que grita en la calle:*)

UNA VOZ. ¡Nuevo decreto de su majestad el rey, desterrando á Portugal al Marqués de Helíches y al conde Villamediana! ¿Quién pide otro? ¿Quién pide otro? ¡A maravedí! ¡Tasa del Concejo!

(*Leona abre la ventana, y dice:*)

LEONA. ¡Ciego! Dadme uno.

CIEGO. Tomad.

(*Leona saca el brazo por la ventana inclinando el cuerpo hácia la calle, y coge un papel; se retira dejando la ventana sin cerrar, se acerca á la luz y se pone á leer el decreto. Jusepa sale de la alcoba y se reune con Leona.*)

ESCENA III.

LEONA y JUSEPA.

LEONA. (*Despues de leer para sí.*)
¡Desterrados! ¡Oh, qué gozo!

JUSEPA. ¿Qué es eso?

LEONA. (*Dándola el papel.*) Que el rey destierra
á dos nobles muy famosos

por sus lenguas viperinas,
sus chismes y sus embrollos.
¡Viva el rey!

JUSEPA. ¡Calla, aturdida!
(*Lee para sí el decreto.*)

LEONA. Sí, con el alma les odio;
si ellos de nuestras desdichas
la culpa tienen tan sólo,
juro que, en vez del destierro,
si yo soy rey, les ahorco.
(*Llaman á la puerta. Leona corre á abrir. Jusepa dirige una mirada llena de ansiedad hácia la puerta.*)

JUSEPA. ¿Será el Conde ó Doña Ines?
¡Dios mio, si será Alonso!
(*Corre hácia la puerta, á tiempo que entra Jerónimo riéndose á carcajadas.*)

ESCENA IV.

JUSEPA, LEONA y JERÓNIMO.

JERÓNIMO. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!...

LEONA. ¡Qué buen humor
trae maese Jerónimo!

JERÓNIMO. ¡Oh! ¡Mucho! (*Mirando en derredor.*)
(*Aparte.*) Aún no ha venido;
esto me gusta muy poco.

JUSEPA. ¿Habeis estado en la cárcel?...
Decidme, ¿vísteis á Alonso?...

JERÓNIMO. Sí...

JUSEPA. ¿Y cómo está?

JERÓNIMO. Muy bien.

JUSEPA. ¿Cuándo queda libre?

JERÓNIMO. Pronto.

JUSEPA. ¿Se acuerda de mí? ¿Pregunta
por sus hijos?

JERÓNIMO. Sí, por todos.
(*Aparte.*) ¡Pobre mujer!...

JUSEPA. No comprendo
por qué son tan rigurosos
conmigo: se me prohibe

entrar en su calabozo;
en vano ruego mil veces
con lágrimas en los ojos,
con la agonía en el alma,
con el dolor en el rostro.
¡Yo debo ser muy infame,
pues me rechaza mi esposo!...
¡Tú solo sabes, Dios mio,
lo que soy... lo que le adoro!

(*Jusepa se dirige al reclinatorio y se queda mirando al Cristo en actitud suplicante. Leona se coloca á su lado.*)

JERÓNIMO. (*Aparte.*) ¿En dónde se habrá metido?
¡Él se empeñó en venir solo!

(*Se acerca á Jusepa, y cambiando de tono, le dice:*)

Vamos, Jusepa, Moráles
tiene amigos poderosos,
y si no viene esta noche,
vendrá mañana ó el otro.

JUSEPA. El pobre estará muy mal
en la cárcel.

JERÓNIMO. ¡Tan famoso!
Un poco ménos moreno
y un poco más sucio y roto,
un poquito más barbudo,
y otro poquito más gordo,
porque el aire de la cárcel
pone á los hombres más fofos.

JUSEPA. ¡Alegre estais!

JERÓNIMO. La alegría
es mi único patrimonio.
Ademas, hay ciertas cosas
que inflan el pecho de gozo.

JUSEPA. ¡Dichoso vos!

JERÓNIMO. Francamente,
puedo llamarme dichoso,
que es la venganza sabrosa,
y hoy me vengué de los otros.

JUSEPA. ¿Qué sucede?...

JERÓNIMO. (*Con cierto énfasis.*) En el corral
de la Cruz el trueno gordo.

(*Aparte.*) Cambio de conversacion,
á ver si la alegro un poco.

JUSEPA. ¿Silbastes á las tenientas?

JERÓNIMO. Sí, de un modo estrepitoso.

JUSEPA. Hiciste mal, pues las silbas
representan el encono,
que es el comediante débil
y es muy fuerte el auditorio.
Nosotros somos esclavos
que, atados codo con codo,
se nos veda defendernos
miéntras nos hieren el rostro.

JERÓNIMO. Yo, como buen español,
me dejo saltar un ojo
con tal de saltar los dos
al que me sirve de estorbo.

LEONA. Contadnos lo sucedido.

JERÓNIMO. Oid, que el caso es chistoso:
Al concluir las guitarras
de rascarnos el exordio,
se descorrió la cortina,
y vimos salir al bobo
gesticulando lo mismo
que gesticulan los monos.
Allí comenzó una loa,
producto de algun meollo
que por carecer de sal
le llamó el público soso,
y las tenientas salieron
frescas como tres pimpollos.
Dió principio la comedia,
que era el parto laborioso
de dos ingenios que juntos
no llegan ni á medio tonto.
Llámase el uno Cuadrado,
llámase el otro Redondo,
y como nada hay agudo,
parieron un hijo romo.
Mis valientes mosqueteros
fijaban en mí sus ojos,
esperando la señal
para armar el alboroto.

Yo, como un perro de muestra,
estaba inmóvil y fosco,
cuando una de las tres gracias,
haciendo mil corococos
y moviendo las caderas
y meneando los hombros,
se presentó en el tablado
diciendo: «Allá va el pimpollo;
límpiense ucedes las babas
y admiren á un cuerpo hermoso».
Ocupada en enseñarnos
la gracia de sus contornos,
se le trabuca la lengua;
no halla la palabra pronto;
por decir bula de Meco,
nos dice bula de moco.
Entónces estos dos dedos
en los dientes me coloco,
les doy fuerza á los pulmones,
despido de viento un chorro
y suelto un silbido que hizo
caer de espaldas á un sordo;
y se arma tal tremolina,
huracan tan borrascoso,
que se convirtió el corral
en mar cercado de escollos,
donde la tumba encontraron
los autores y los cómicos.
El uno les grita: «¡Vete!»
«¡No te vayas!» dice el otro.
«¡Dadle un pañuelo!» «¡A la cárcel!»
Y azorados como tórtolos
los ingenios, el teatro
abandonan presurosos;
las tenientas se refugian
aterradas en el foso;
el maestro de hacer nubes
corre la cortina atónito;
se escapan los guitarristas,
se dispersa el auditorio,
derribando al alojero
que tiene el puesto en el pórtico;

y yo, subido en un banco,
de mi victoria orgulloso,
me calo bien el chapeo,
hasta las cejas me embozo
y les grito: «Así castiga
el zapatero Jerónimo
á los que el arte profanan
en este templo de Apolo».

JUSEPA. ¡Qué vergüenza! Fuiste injusto.

JERÓNIMO. Un poquillo, lo conozco;
mas lo juré por Cervántes,
y yo su nombre no invoco
en vano... Tampoco olvido
lo que hicieron con Alonso.
Si en Aranjuez nos vencieron,
aquí vencimos nosotros.
Soy amigo de Moráles,
amigo, y punto redondo.
(*Aparte.*) La tardanza del maestro
ya me tiene caviloso.

(*Llaman á la puerta de la calle. Jusepa corre á abrir. Leona y Jerónimo lanzan un grito de alegría.*)

JUSEPA. ¡Será él!...

JERÓNIMO. ¡Gracias á Dios!

(*Se dirige hácia la puerta, por la que aparecen Doña Ines y Juan Rana.*)

JUSEPA. ¡Doña Ines!... ¡Juan!...

JERÓNIMO. (*Aparte.*) En un pozo
sin duda cayó Moráles...
Esto me gusta muy poco.

ESCENA V.

DICHOS, DOÑA INES y JUAN RANA.

D.ª INES. ¡Jusepa!

JUSEPA. ¡Señora!... (*Con respeto.*)

D.ª INES. (*Abrazándola.*) Hermana
quiero me llames desde hoy,
pues sólo ese dulce nombre
apetece el corazon.

JUSEPA. ¿Qué sabeis del pobre Alonso?
D.ª INES. Sé que el rey le perdonó,
y que mi esposo me envia
para calmar tu afliccion.
Sé que el Conde vendrá en breve,
y que ántes que el nuevo sol
con su luz alumbre el dia
mitigarás tu dolor.
JUSEPA. ¡Cuántos favores os debo!...
D.ª INES. (*En voz baja.*) No te debo ménos yo,
pobre mártir inocente.
Tu santa resignacion
llena de luto mi pecho
y mi frente de rubor.
JUSEPA. ¡Callad, que escucharos pueden!...
D.ª INES. A veces tentada estoy
de revelárselo todo
al Conde.
JUSEPA. ¡Callad, por Dios!...

(*Hablan en voz baja. Leona desde el principio de la escena permanece apoyada en el respaldo del sillon y pensativa. Jerónimo y Juan Rana en el extremo opuesto que ocupan Jusepa y Doña Ines, que figuran mantener una viva conversacion en voz baja.*)

LEONA. (*Aparte.*) De niña me recogieron
y los debo cuanto soy;
padres tiernos y amorosos
fueron para mí los dos.
La gratitud es la ley
que nos impone el honor;
es preciso que les pague
las deudas del corazon.
JUAN. Yo estaba en casa del Conde,
y os juro que allí no entró.
JERÓNIMO. Pues yo le dejé en la puerta,
y allí me dijo: «¡Por Dios!
que á Jusepa no digais
que salí de la prision,
pues cuando salude al Conde
iré á decírselo yo».

D.ª INES. Jusepa, miéntras no tenga
las cartas y el medallon,
todo me aterra y me espanta.

JUSEPA. Aunque duden de mi honor,
os juro que los tendreis;
pero es preciso que vos
expliqueis en una carta
vuestra grave situacion.

LEONA. (*Mirando á Jusepa con marcada inquietud.*)
Algo que me causa miedo
leyendo en su rostro estoy.

JUAN. ¿Opinais que le busquemos?

JERÓNIMO. Me parece lo mejor,
porque su tardanza empieza
á inquietar mi corazon.

LEONA. En esta misma posada
vive el Capitan. ¡Valor!

(*Leona se dirige disimuladamente á una de las panoplias, coge un puñal y se lo oculta.*)

La huérfana desvalida
va á pagar de una vez hoy
todo, todo lo que debe
de gratitud y de amor.

(*Leona dirige una mirada en derredor suyo, y persuadida de que nadie se ocupa de ella, sale precipitadamente por la puerta que da á la calle.*)

ESCENA VI.

DICHOS menos LEONA.

JUAN. Si nos dais vuestro permiso,
vamos á salir los dos
un instante.

JUSEPA. ¿Vais á verle?

JERÓNIMO. Tal vez.

JUSEPA. ¡Qué dichosos sois!
Todos pueden consolarle,
todos allá en su prision
el interes que os inspira

le demostrais, menos yo.

JERÓNIMO. Yo espero que el llanto pronto
se convierta en buen humor.
¡Quién sabe si Alonso se halla
libre!

JUSEPA. ¡Cómo!

JERÓNIMO. Digo yo
que, teniendo como tiene
al Conde por protector,
y no hallándose en las garras
de la Santa Inquisicion,
que á más de cuatro inocentes
en la hoguera achicharró,
siendo su delito leve,
es de suponer que hoy
le digan: «Vete á tu casa».
(*Aparte á Juan, cambiando de tono.*)
Vámonos, porque si no
voy á faltar sin querer
á mi palabra de honor.

JUAN. Volverémos muy en breve,
pues soy vuestro rodrigon.
Vendré á buscaros.

D.ª INES. El Conde
vendrá tambien.

JUSEPA. Id con Dios,
y aconsejadle á mi Alonso
que me tenga compasion.
(*Salen Juan Rana y Jerónimo.*)

ESCENA VII.

JUSEPA y DOÑA INES.

D.ª INES. ¡Ah! Por fin, ya sin temor
hablar á solas podemos.

JUSEPA. Por un momento olvidemos
mis cuitas por vuestro honor.

D.ª INES. ¡Cuánta angustia! ¡Cuánto afan!
¡Esto, hermana, no es vivir!
¿Qué debo hacer?

JUSEPA. Escribir

una carta al Capitan,
pintarle vuestra agonía,
decirle que vuestra suerte,
vuestra vida ó vuestra muerte
dependen de su hidalguía;
hacerle al fin comprender
con la voz del corazon
el dolor, la expiacion
de vuestra falta de ayer;
que en estos lances jamas
la batalla ha de esquivarse,
porque es preciso mostrarse
generosos á cuál más,
vos ante su justo encono
inclinando la cabeza,
y él mostrando su nobleza
diciendo: «¡Yo te perdono!»

D.ª Ines. ¿Y si á mi ruego responde
siendo inflexible, exigente?

Jusepa. Entónces dobla tu frente,
revélalo todo al Conde:
eso el deber te prescribe;
y cuando el Conde te oyere,
si te dice «Muere», muere;
si te dice «Vive», vive.

D.ª Ines. ¡Morir!... ¡Qué importa morir
si el alma se tiene herida!...
Si estoy viviendo sin vida,
¿para qué quiero vivir?...
No es la muerte lo que aqueja
mi espíritu; yo no temo
ese momento supremo
en que el alma al cuerpo deja.
No esperes que la rechace;
que el dedo de Dios escribe
que para morir se vive
desde el dia en que se nace.
Lo que causa mi tormento,
lo que me aterra y espanta,
es el eco que levanta
en mi alma el remordimiento.
Ese es el juez vengador

que eternamente me grita:
«En tu conciencia está escrita
la palabra deshonor...»
Y ántes que á la luz del dia
esa palabra saliera,
si mil vidas yo tuviera,
mil vidas me quitaria.

JUSEPA. ¿Le amais?

D.ª INÉS. Le amé con pasion,
con ese amor verdadero
que es el perfume primero
que embriaga el corazon,
con esa ternura incierta
de nuestra infancia querida,
pues él con voz conmovida
le dijo á mi alma: «Despierta».
Y el alma se despertó
de su sueño venturoso,
vió que era el amor hermoso,
y con ternura le amó.
Bastándole un solo instante
de locura y devaneo
para que el amor pigmeo
se volviera amor gigante.
Mas no temas que sucumba
aunque amor mi pecho hiere,
que á mi amor le he dicho: «¡Muere!»
¡y es mi corazon su tumba!

JUSEPA. Su hidalguía es mi esperanza.
Escribid... Yo le veré.

D.ª INÉS. Tu consejo seguiré,
pues ya nada se me alcanza.
Tú eres mi único consuelo;
á no hallarte en mi camino,
¿qué fuera de mi destino?

JUSEPA. Así lo ha querido el cielo.
Vamos, pues, juntas las dos
do el destino nos arroja,
que no se mueve una hoja
sin la voluntad de Dios.
La vida es continua guerra
entre tinieblas y luz.

¡A quién le falta una cruz
y un calvario en esta tierra!
Escribid; de esta partida
termine la lucha ruda,
pues miéntras mi honra esté en duda,
estoy viviendo sin vida.

D.ª Ines. No sé qué tiene tu acento
que mis inquietudes calma.

Jusepa. Escribid, mas con el alma,
que lleva el convencimiento,
y no olvideis un instante,
miéntras que la mano escriba,
que, en vez de hallaros altiva,
debe hallaros suplicante.
Vuestro escudo es la humildad,
vuestra expiacion sufrir.

(*Doña Ines se acerca á la mesa, Jusepa la detiene.*)

Ahí no... Pueden venir...
En mi dormitorio entrad.
Id, que yo os espero aquí.
Cuando la carta acabeis,
rogando á Dios me hallareis
por vos, condesa, y por mí.

(*Jusepa entrega el velon á Doña Ines y la acompaña hasta la puerta; luégo se queda un instante inmóvil, exhala un suspiro y se dirige hácia la alcoba del fondo, descorre un poco la cortina y contempla con ternura á sus hijos y al viejo, dormidos. El teatro queda débilmente iluminado, sin más luz que la de la lámpara del Cristo.*)

ESCENA VIII.

JUSEPA sola.

Jusepa. ¡Duermen!... ¡Sueño venturoso!...
Sueño dulce, sueño hermoso,
que de mis ojos se aleja,
¡cuándo le darás reposo
á esta inquietud que me aqueja!...

¡Sueño, muerte de la vida,
vida de nuestra existencia,
corta tregua en que se olvida
los dolores de la herida
que encona nuestra conciencia!
Parece que en mi sufrir
muestra el infortunio empeño.
Esto ¡ay de mí! no es vivir...
Me estoy muriendo de sueño,
y no me puedo dormir.

(*Se acerca pausadamente hácia el reclinatorio, levanta la frente y mira al Cristo.*)

¡Cristo, mártir del amor,
que espiraste en un madero,
purísimo redentor
que en la cumbre del Tabor
nos diste el adios postrero!
¡Hermosa estrella de Oriente
que los mundos iluminas,
y á quien el mundo inclemente
una corona de espinas
puso cruel en la frente!
¡Tú, que á la tierra bajaste
á redimir el pecado,
y tu sangre derramaste!
¡Tú, que en la cruz enclavado
por tus verdugos lloraste!
¡Tú, que desde la eternal
mansion de la Providencia
ves del pecador mortal,
como á traves de un cristal,
las manchas de la conciencia,
tú sabes lo que sufrí,
tú ves el llanto en mis ojos!
¡Todo lo espero de tí,
y al verme á tus piés de hinojos,
Jesus, ten piedad de mí!

(*Cae de rodillas y apoya la frente sobre el reclinatorio. Muy poca luz en la escena. El cuerpo de Jusepa se confunde con el fondo oscuro del reclinatorio. Alonso aparece en la ventana y salta á la escena sin*

hacer ruido; lleva la capa arrollada al brazo izquierdo, el traje un poco desordenado y la barba de ocho dias; dirige una mirada en derredor suyo y se lleva la mano al pecho, como para respirar. Pausa.)

ESCENA IX.

JUSEPA dormida en el reclinatorio. ALONSO junto á la ventana.

ALONSO. Más me sirve la ventana
para mi plan que la puerta,
y pues el paso me allana,
el vulgo dirá mañana
que entré por hallarla abierta.
Por fin, ya quiere mi suerte
que libre y solo me vea. (*Pausa.*)
En esta casa se advierte
el frio soplo que orea
el silencio de la muerte.
¡La muerte!... ¡La eternidad!...
¡Noche oscura!... ¡Tempestad
que aquí en el alma se anida,
principio de eterna vida,
luz que alumbra la verdad!
¿Por qué á la duda me entrego?
Materia, á morir disponte,
que el alma va á saber luégo
qué hay detras de ese horizonte
que esmalta el sol con su fuego.
Aquí he venido á lavar
con sangre impura una falta;
esta arma me ha de vengar,
pero al tocarla me falta
aire con qué respirar.
Siento á un tiempo odio y amor,
me falta y me sobra el brio;
pide venganza mi honor,
y hiela mi sangre el frio
y arde mi frente en calor.
¿Por qué dudo? ¿No he venido
á matarla y á morir?...

¡Corazon... por Dios te pido
que aminores tu latido,
pues me mata tu latir!
¿Por qué enclavado me quedo
y quiero andar y no puedo?
¿Qué hay en mi mente confusa?
¿Es esto que tienes miedo,
ó es la conciencia que acusa?
¡Acabemos!... Me infamó,
y pues mi honor atropella,
mi honor debo vengar yo,
matando primero á ella,
despues... matándome yo (1).

(*Saca el puñal y comienza á recorrer la escena hasta llegar cerca del reclinatorio, donde se halla Jusepa. Al verla, se estremece, se sonrie, retrocede y la contempla diciendo en voz baja y reconcentrada:*)

¡Ella ante Cristo postrada!
¡Ella ante su Dios dormida!
¡Adúltera fementida,
ni áun esa imágen sagrada
ha de salvarte la vida!...

(*Levanta el puñal para herir á Jusepa, y se oye en la alcoba la voz del viejo Salvador.*)

SALVADOR. (*Como soñando.*) ¡Alonso!
ALONSO. (*Retrocede aterrado.*) ¡Ah!
SALVADOR. ¿Dónde estás?
ALONSO. ¡Mi padre! ¡Dios soberano!...
SALVADOR. Ven, hijo. ¿Por qué te vas?
¿No ves que á tu padre anciano
muerte no viéndote das?

(*Alonso se acerca tímidamente á la alcoba, levanta la cortina y ve á Salvador dormido en un sillon, con los dos niños en brazos; los contempla y dice con acento reconcentrado:*)

(1) En esta quintilla hay dos consonantes iguales; pero no encuentro otro más enérgico que el *yo*, y lo dejo, aunque me hubiera sido fácil corregir este defecto.

ALONSO. ¡Celos que aquí sin cesar
causais tormentos prolijos!
¡Celos que haceis olvidar
que en este bendito hogar
están mi padre y mis hijos!
¡Déjame, fuego homicida,
que á la infamia me convida!
¡Desarma mi impía mano,
que esos niños y ese anciano
necesitan de mi vida!

(*Llaman á la puerta de la calle. Alonso mira aterrado en derredor suyo. Jusepa comienza á incorporarse. Alonso entra precipitadamente en la alcoba y corre la cortina, quedando oculto.*)

JUSEPA. Creí oir... ¡Siempre el recelo
turbando el dulce reposo!...

(*Llaman segunda vez.*)

No me engañé... Sí, es mi esposo.
A terminar va mi duelo.

(*Corre á abrir, y al ver á Leona se queda mirándola con asombro.*)

ESCENA X.

JUSEPA, LEONA y luégo ALONSO.

JUSEPA. ¿Tú á estas horas y sola?...

LEONA. (*Conmovida y dominando apénas la inmensa alegría de su alma.*)
Cumplo así con mi deber.

JUSEPA. ¿De dónde vienes?

LEONA. De ver
al Capitan Ibarrola.

JUSEPA. (*Retrocediendo un paso con marcado asombro.*)
¡Al Capitan!

LEONA. ¡Sí, por Dios!
Fuí á buscarle á su aposento,
y hemos hablado un momento
de cierto asunto los dos.

JUSEPA. ¡Tú de ver al Capitan
sin mi permiso! ¿Qué has hecho?

LEONA. Jusepa, ensancha tu pecho,
término pon á tu afan,
alegra el alma, respira,
pues D. Martin, generoso,
para volverte el reposo
me entregó las cartas. ¡Mira!

(*Leona enseña una cartera. Jusepa lanza un grito. Alonso sale de la alcoba y las contempla cruzado de brazos.*)

JUSEPA. ¡Las cartas!... ¡Ah! ¡Nos salvaste!
La vida y la honra me diste;
pero ¿cómo conseguiste,
díme, cómo lo lograste?

LEONA. Harta de verte llorar,
de tanta pena afligida,
dije: ¿Qué importa mi vida
si yo la puedo salvar?
La gratitud y el amor
me dieron aliento tal,
que, armándome de un puñal,
corrí á defender tu honor.
Llego, con rudo ademan
cierro la puerta por dentro,
y frente á frente me encuentro
con el bravo Capitan.
Dijo al verme:—¡Vive Dios!
¿Así asaltais mi aposento?—
Y por un breve momento
nos contemplamos los dos,
él con la frente serena
y en mí fija la mirada;
yo con mi vista clavada
en su noble faz morena.
—Observo algo de amenaza,
añadió, en tu rostro altivo.
Diga pronto ¡por Dios vivo!
á qué viene la rapaza.—
—Vengo, añadí, á suplicaros
que un retrato que teneis
y unas cartas me entregueis,
y si no, vengo á mataros.—
Al escucharme se irguió

su noble figura altiva,
me miró de abajo arriba
y luégo se sonrió.
—Nunca riño con mujeres,
dijo, y con gozo te escucho;
tú debes quererla mucho,
puesto que matarme quieres.—
—¡Por Dios, escuchad mi ruego,
pues mi gratitud no olvida
que al darle la honra y la vida
no pago lo que la debo!—
Caí á sus plantas de hinojos,
me contempló con ternura,
y que vi se me figura
una lágrima en sus ojos.
Aquella lágrima fué
luz hermosa de esperanza.
Un paso Ibarrola avanza
y dijo:—Me vengaré
de su falsedad artera,
de sus perjurios aleves.
Toma, paga lo que debes,
devuélvela esta cartera.
Ni mis desdenes altivos
ni mi nobleza te asombre,
que desde hoy borro su nombre
del gran libro de los vivos.—
Cuando esto dijo su boca,
sentí de amor un exceso:
me levanté, le dí un beso
y escapé como una loca.
Toma, calma la inquietud
que en riesgo puso tu honor,
y este rasgo de mi amor
perdona á mi gratitud (1).

(1) He creido inútil recargar de notas el anterior parlamento; pero suplico encarecidamente á las actrices que desempeñen el papel de Leona que no olviden que la relacion que nos ocupa es uno de esos gritos del alma en que la gratitud, la ternura y el amor demuestran con todos sus más hermosos colores la inmensa alegría de un pecho generoso que puede pagar las deudas del corazon.

JUSEPA. ¡Bendita seas! ¡Bendito
el caudillo castellano!

(*Alonso se coloca en medio de las dos, arranca la cartera de las manos de Jusepa, y se queda con el brazo extendido y en actitud amenazadora. Jusepa y Leona lanzan un grito mezclado de alegría y asombro.*)

ESCENA XI.

DICHOS, ALONSO y DOÑA INES.

ALONSO. ¡Por fin ya tengo en mis manos
las pruebas de tu delito!

JUSEPA. ¡Alonso! ¡Libre! ¡Oh ventura!

LEONA. ¡Maestro!

(*Alonso en medio del teatro con la cartera en la mano y dirigiendo miradas feroces á su mujer.*)

ALONSO. ¡Maldita seas!

JUSEPA. ¡Ah! ¡Las cartas! ¡No las leas!

ALONSO. ¡Aparta, mujer impura!

(*Doña Ines se coloca al lado de Alonso y le dice aterrada:*)

D.ª INES. ¡Refrena el delirio insano,
oye su voz condolida,
que una honra y una vida
se hallan dentro de tu mano!

JUSEPA. ¡Oye, esposo mio, escucha!

D.ª INES. ¡Me pierde este desdichado!

(*Jusepa, como comprendiendo que sólo pueden salvarla el padre y los hijos, se dirige hácia la alcoba y dice con uno de esos gritos que sólo pueden salir del alma de una madre:*)

JUSEPA. ¡Hijos, que padre ha llegado!
¡Padre!...

(*Baja nuevamente al proscenio.*)

SALVADOR. (*Desde dentro.*) ¡Alonso!

D.ª INES. ¡Horrible lucha!

(*Alonso enmedio del teatro apretando la cartera entre las manos, y sonriéndose*

de un modo nervioso. Salvador, con el mayor de los niños, sale de la alcoba, se abraza á su hijo, que apénas le hace caso. El niño se coge al brazo de su padre. Doña Ines aterrada junto á la puerta. Jusepa y Leona dirigiendo miradas suplicantes á Alonso. En este momento se oye fuera la voz de Jerónimo.)

SALVADOR. ¡Hijo! ¡Cuánto ansiaba verte!
NIÑO 1.° ¿Ves, madre, cómo ha venido?
ALONSO. ¡Pobre viejo, hijo querido,
os abrazais á la muerte!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, el CONDE, JERONIMO y JUAN.

JERÓNIMO. ¡Aquí está Alonso, venid!
EL CONDE. Por fin te pude encontrar.
JERÓNIMO. Nos has hecho pasear
de cabo á rabo Madrid.
EL CONDE. En vez de hallar la alegría
y el gozo en estos instantes,
se nota en vuestros semblantes
el dolor y la agonía.
¿No perdonó tu locura
clemente su majestad,
y al darte la libertad
su proteccion te asegura?
¿Qué más puedes exigir
del rey Felipe Tercero?
ALONSO. ¡Nada! ¿Sabeis lo que quiero?
Poco... ¡Matar y morir!
EL CONDE. ¿Qué dices?
ALONSO. Pruebas poseo
de mi deshonra. Aquí están.
Su amante es el Capitan
Ibarrola.
EL CONDE. No lo creo.
ALONSO. ¿No las veis?

(*Indicándole la cartera. Momento de asombro en Doña Ines, Jusepa y Leona.*)

EL CONDE. (*Con mucha calma.*) Estás demente.

ALONSO. ¿Pero no las veis, señor?

EL CONDE. (*Dirige una mirada á Jusepa, como para tranquilizarla, y dice con altivez:*)
El que duda del honor
de tu honrada esposa, miente.

ALONSO. ¡Que miento siendo verdad!
¡Esto más, Dios soberano!
¡Si las tengo en esta mano!...

EL CONDE. ¡Mientes!
(*Alonso, despues de un momento de lucha, tiende el brazo con energía y dice:*)

ALONSO. ¡Leedlas!... ¡Tomad!
(*Movimiento general de terror en las mujeres. Doña Ines se apoya en una silla, como si fuera á caer. Jusepa y Leona retroceden un paso aterradas. El Conde coge la cartera y se dirige adonde está la luz del Cristo pausadamente. Jerónimo y Juan miran con interes el cuadro. Esta situacion queda á cargo de los directores de escena.*)

JUSEPA. (*A Alonso.*) ¡Qué has hecho!

LEONA. (*Aparte.*) ¡Dios infinito!

EL CONDE. (*Aparte.*) Yo salvaré á esa mujer.

D.ª INES. ¡Ay de mí!...

JUSEPA. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?
(*Lucha un momento. Alonso la contempla sonriéndose, y señalándola con el dedo, dice:*)

ALONSO. ¡Lleva en la faz el delito!
(*El Conde llega al reclinatorio pausadamente, se dispone á abrir la cartera y dirige una mirada tranquilizadora á Jusepa, la cual en un arranque se coloca junto al Conde, y dice extendiendo el brazo:*)

JUSEPA. Esperad, noble señor.
Dudando me hace una ofensa
mi esposo, y á la defensa
vos salísteis de mi honor.
Si Dios un milagro hiciera,

y el Cristo que estais mirando,
la palabra formulando,
sus santos labios abriera
para defenderme á mí,
mi esposo le escucharia,
y hasta de Dios dudaria,
porque un celoso es así.
Ver y creer; pues que vea.

(*Arranca la cartera al Conde con violencia y se la da á su esposo, que dice que* sí *con un movimiento de cabeza.*)

Toma, y pues tanto me humillas,
vas á leer de rodillas,
y que Dios nuestro juez sea.

(*Jusepa conduce á Alonso hasta el reclinatorio. Alonso mira á Jusepa, que sostiene con altivez la mirada; mira á su padre, que tambien le mira con enojo; mira al Cristo, y baja la frente, cayendo de rodillas. Abre la cartera con temblorosa mano, fija los ojos en el medallon, lee una carta para sí, exhala un grito, y dice dirigiéndose alternativamente á su esposa y á su padre:*)

ALONSO. ¡Qué veo! (*A Jusepa.*) ¡Perdon!... (*A su padre.*) ¡Perdon!...

JUSEPA. ¿Qué merece el indiscreto?

SALVADOR. Aquel que roba un secreto
es un vil, es un ladron.

JUSEPA. (*En voz baja.*) Piensa el dolor de mi hermana,
y esas cartas...

ALONSO. (*En voz baja.*) ¡Ah! Descuida,
que ántes me arrancan la vida.

(*Ocultando la cartera precipitadamente en el pecho.*)

JUSEPA. (*En voz baja.*) Yo se las daré mañana.
(*Alto.*) Dios por fin iluminó
las tinieblas de su mente. (*Pausa.*)

EL CONDE. Si Jusepa es inocente,
¿quién es la culpable?...

(*Momento de angustia. Leona se coloca en medio de todos, y dice con energía:*)

LEONA. ¡Yo!
No quiero hacerme la santa.
¿Qué hay en ello que os espante?
¿Es nuevo que tenga amante
una jóven comedianta?
Muchas tienen, aunque hay más
que se los dan de prestado.
La calumnia no ha olvidado
á las cómicas jamas.
Jusepa quiso evitar
que mi maestro supiera,
y hoy, aunque ocultarlo quiera,
ya no lo puedo ocultar.
Y pues sabeis lo que pasa,
por mí más no os inquieteis,
y si indigna me creeis,
arrojadme de esta casa.

(*Jusepa y Doña Ines corren y abrazan á Leona. El Conde se acerca á Alonso, y dice:*)

EL CONDE. No más celos.
ALONSO. ¡No, por Dios!
D.ª INES. (*A Jusepa y Leona.*)
¡Me ha salvado!
JUSEPA. (*Aparte.*) ¡Y se ha perdido!
ALONSO. Jusepa, padre, no olvido
que indigno soy de los dos.
JUSEPA. Los celos, Alonso, son
el verdugo de uno mismo,
y en el fondo de un abismo
sepultan nuestra razon.
Ellos nos roban la calma,
convierten en noche oscura
el sol de nuestra ventura
y la hermosa paz del alma.
No me ofendas ni maltrates;
mas si de mi honor me olvido,
por tus hijos te lo pido,
que me mates... que me mates.
ALONSO. ¡Jusepa!
JUSEPA. Cese tu afan,
alza la frente serena,

y á ganar sobre la escena
de tus hijuelos el pan.
No borres de tu memoria,
con orgullo temerario,
que es el teatro un calvario
que nos conduce á la gloria.
Sigue, pues, su hermosa luz,
que el nacer fué tu pecado,
y en tus hombros resignado
lleva del arte la cruz.

FIN DEL DRAMA.

OBRAS DEL MISMO AU.

DRAMÁTICAS.

Sueños de amor y ambicion (drama).—Cuatro actos.
La corte del rey poeta (id.).—Cuatro actos.
Juan el Tullido (id.). Segun la edicion.—Tres actos.
El ángel malo (id.).—Cinco actos.
La muerte de Jesus (id. sacro).—Siete cuadros.
La hija de Fernan Gil (id.).—Tres actos.
Juan Diente (id.).—Cinco actos.
Herencia de lágrimas (id.).—Tres actos.
La dicha en el bien ajeno (id.).—Cuatro actos.
El cura de aldea (id.). Sexta edicion.—Tres actos.
La mala semilla (id.). Segunda edicion.—Tres actos.
El corazon en la mano (id.). Segunda edicion.—Cinco actos.
El maestro de hacer comedias (id.). Tres actos.
Retratos y originales (comedia).—Tres actos.
El rey de bastos (id.). Segunda edicion.—Tres actos.
El movimiento continuo (id.). Segunda edicion.—Tres actos.
Caricaturas (id.).—Tres actos.
Lo tuyo mio (id.).—Tres actos.
El músico de la murga (id.).—Tres actos.
Los extremos (id.).—Un acto.
Calamidades (id.).—Un acto.
Ver y no ver (id.).—Un acto.
¡Alumbra á tu víctima!... (id.).—Un acto.
El maestro de baile (id.). Cuarta edicion.—Un acto.
La mosquita muerta (id.). Cuarta edicion.—Un acto.
¡Sálvese el que pueda! (id.).—Un acto.
Gil Elas (zarzuela).—Tres actos.
El que siembra recoge (id.). Segunda edicion.—Un acto.
Cuarzo, pirita y alcohol (juguete lírico).—Un acto.
Las garras del diablo (id. id.).—Un acto.
Recuerdos de gloria (id. id.).—Un acto.
Géneros ultramarinos (id. id.).—Un acto.

NO DRAMÁTICAS.

El Mártir del Gólgota (tradiciones). Tercera edicion.—Dos tomos.
El cura de aldea (novela). Quinta edicion.—Dos tomos.
La caridad cristiana (id.). Tercera edicion.—Dos tomos.
El corazon en la mano (id.). Tercera edicion.—Dos tomos.
El amor de los amores (id.). Segunda edicion.—Dos tomos.
El infierno de los celos (id.).—Dos tomos.
El manuscrito de una madre (id.).—Cuatro tomos.
La mujer adúltera (id.). Cuarta edicion.—Dos tomos.
El frac azul (id.). Tercera edicion.—Un tomo.
Las obras de misericordia (id.). Segunda edicion.—Tres tomos.
La calumnia (id.). Segunda edicion.—Dos tomos.
La esposa mártir (id.). Segunda edicion.—Dos tomos.
La envidia (id.). Segunda edicion.—Dos tomos.
Los hijos de la fe (id.). Segunda edicion.—Dos tomos.
Los ángeles de la tierra (id.). Segunda edicion.—Dos tomos.
La perdicion de la mujer (id.).—Dos tomos.
Los matrimonios del diablo (id.).—Dos tomos.
El pan de los pobres (id.).—Dos tomos.
Escenas de la vida (coleccion de novelas).—Tres tomos.
Los desgraciados (novela).—Dos tomos.
Los que rien y los que lloran (id.).—Dos tomos.
El ángel de la guarda (id.).—Dos tomos.
La comedia del amor (id.).—Dos tomos. (En prensa.)
La promesa sagrada (id.).—Dos tomos. (En prensa.)

Todas las obras no dramáticas se hallan de venta en Madrid, en la librería de D. Miguel Guijarro, calle de Preciados, número 5.

LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 952 A